



1	Introducción	Página 2
2	Un reinicio Marista	Página 4
3	¿Quién era María para Juan Claudio Colin?	Página 7
4	El Utopismo de Juan Claudio Colin	Página 13
5	La escatología del Padre Colin	Página 20
6	El P. Colin como guía espiritual 1	Página 25
7	El P. Colin como guía espiritual 2	Página 30
8	El P. Colin como guía espiritual 3	Página 35
9	<i>Desconocido y oculto</i>	Página 40
	<i>Una Introducción Marista para hoy</i>	
10	La Regla del P. Colin Hoy	Página 46

1. Introducción

Este conjunto de nueve reflexiones se basa en las conferencias ofrecidas durante el retiro anual de la L Provincia de los Estados Unidos de la Sociedad de María en Dayton, Ohio, en junio de 2018. Al prepararlas para su publicación, por invitación del Superior General, he completado las conferencias originales en varios puntos, con material tomado, en su mayor parte, de las conferencias ofrecidas por la misma época en Atlanta, Georgia, en La Neylière y en Sídney, Australia. También he reordenado algunos temas, en particular en el tratamiento de la utopía y la escatología de Colín. He añadido también una última conferencia, sobre la Regla del Fundador Hoy, que había preparado, pero sin haberla dado, para el retiro de Estados Unidos.

Quiero comenzar, sin embargo, no con la Sociedad de María o con la espiritualidad Marista, sino con algo mucho más amplio y profundo, donde toda espiritualidad y donde la Sociedad de María deben situarse. Estoy hablando de la vocación universal a la santidad. La Iglesia siempre ha enseñado que todos estamos llamados a la santidad, es decir, todos los cristianos y, de hecho, todos los seres humanos, si tomamos la visión más amplia del plan de Dios para la humanidad. Esta verdad es una enseñanza central del Concilio Vaticano II. El Papa Francisco la ha repetido recientemente en su última Exhortación Apostólica, que lleva por título *Gaudete et Exsultate* ("Alegraos y regocijaos"), publicada el 19 de marzo de 2018, en la Solemnidad de San José.

En el primer capítulo, el Papa Francisco habla sobre "el llamado a la santidad". No podría decirlo de manera más clara y atrayente cuando dice en el primer párrafo: "Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada." Pasa a explicar que no es de esperar aquí un tratado sobre la santidad, como podría escribirlo un teólogo profesional, o una discusión de los distintos medios de santificación, como se puede encontrar en un libro de texto de teología espiritual. "Mi humilde objetivo", nos dice, "es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades."

El Santo Padre nos recuerda que no estamos solos al responder al llamado a la santidad. Estamos rodeados por lo que la Escritura llama "una nube de testigos" (Heb.11), quienes han respondido a este llamado y han cumplido el plan que Dios tenía para ellos. Existen, por supuesto, los Santos canonizados; pero el Papa Francisco piensa especialmente en los santos que él llama "los santos de la puerta de al lado", incluyendo nuestros propios familiares, padres y abuelos. Quizá su vida no fue siempre perfecta, admite el Papa, pero aún en medio de imperfecciones y caídas "siguieron adelante y agradaron al Señor." Esto es, por supuesto, la gran verdad que la Iglesia celebra cada año el 1°- de noviembre, Solemnidad de todos los Santos. Pues los Santos que se recuerdan por su nombre a lo largo de los siglos son sólo la proverbial "punta del iceberg": la gran mayoría de Santos están allí, debajo de la superficie, por así decirlo, hombres, mujeres y niños que "agradaron al Señor".

De esto se deduce que podemos llegar a ser santos en cualquier estado de vida. Uno no tiene que ser ministro ordenado de la Iglesia o religioso profeso, ni siquiera es necesario seguir alguna regla especial de vida. Esa idea no es nueva. Mucho antes del Papa Francisco, otro Francisco, Francisco de Sales, hizo de esta idea el punto central de su conocido libro *Introducción o 10 Vida Devoto*. El Papa Francisco lo expresa de esta manera: "Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con

alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales."

Por consiguiente, la santidad no se identifica con una perfección que es, en cualquier caso, irreal. El Papa lo dijo en referencia a los santos "no oficiales". Pero también es cierto de los que ya han sido canonizados, incluso de los más grandes y conocidos de ellos. Una cierta idea de la santidad como "perfección cristiana" ha significado que las autoridades de la Iglesia han tenido que someter a cada candidato a la canonización a un examen, que tenían que aprobar con "lo de 10", antes de recibir su certificado de santidad. Por lo tanto, era necesario demostrar - con pruebas - que la persona en cuestión había mostrado en vida tener una fe, esperanza y caridad perfectas, como también una prudencia, justicia, fortaleza, templanza, paciencia y toda virtud habida y por haber, ¡perfectas! Esto es lo que le dio a la "hagiografía" su mala reputación, como un tipo de "Vida de Santo" que era irreal y también - digámoslo - a veces falsa.

En efecto, si uno mira atrás de la fachada construida por el escritor, podrá encontrar a menudo, una serie de imperfecciones y de fallas, incluso los "pecados de todos los días" a los que todos estamos sometidos. ¿Después de todo, no nos ha recordado con frecuencia el mismo Papa Francisco que todos somos pecadores necesitados de la Misericordia de Dios? Al mismo tiempo, vemos que estas personas santas nunca "tiraron la toalla"; o por adoptar el tipo de lenguaje utilizado por Francisco, siempre "siguieron adelante y agradaron al Señor" con una vida cada vez más entregada enteramente a Él.

Y eso es la santidad. En cualquier caso, ésta es la conclusión a la que he llegado al completar la biografía del padre Colín. ¿Él era perfecto en todos los sentidos? De ningún modo. ¿Vivió sólo para Dios y María? Indudablemente.

Pues bien, esto no pretende ser un análisis y discusión de *Gaudete et Exsultate*. Pero ese documento papal reafirma una verdad de la mayor importancia que no debemos perder de vista, a saber, que todos estamos llamados a ser santos y a no conformarnos con "una existencia mediocre, aguada, licuada." Solamente después de haber asimilado este punto podremos decir algo que tenga sentido sobre la Sociedad de María o sobre la espiritualidad Marista. Para el Marista, la vida no es ni más ni menos que una forma particular de responder al llamado a la santidad. Una manera de responder a esa llamada, no la manera, si bien es una manera que ha sido bendecida por la Iglesia y seguida por muchos hombres y mujeres desde hace doscientos años.

2. Un Reinicio Marista

El Capítulo General de la Sociedad de María de 2017 declaró (n. 8): "Creemos que María nos invita hoy a escuchar el urgente desafío del Superior General anterior, que declaró audazmente: El status quo no está funcionando."

El status quo no está funcionando - y, se dice de manera implícita, no ha funcionado desde hace algún tiempo. No se puede seguir con "lo mismo de siempre". Para retomar una cita del Papa Francisco: "No vivimos en una época de cambios, sino en un cambio de época".

Nos estamos viendo obligados a aceptar esta verdad, a medida que nos es cada vez más difícil continuar con nuestros ministerios anteriores. ¿Cómo reaccionamos ante esta evidente verdad? Podemos deprimirnos, sentirnos fatigados, querer renunciar. Personalmente la palabra "disminución" me resulta bastante deprimente. ¿Se ha acabado todo? ¿Misión cumplida? Esto se ha dicho ya en la Sociedad; tal vez es un pensamiento que atormenta el corazón de algunos Maristas. Hemos hecho lo que nosotros teníamos que hacer, más o menos bien, o al menos, en general, lo mejor que pudimos, y ha llegado el momento de retirarse en silencio. Hay sin duda algunas congregaciones religiosas, o por lo menos algunas provincias, que han decidido no aceptar ya ningún nuevo candidato, dedicar las energías que les quedan a hacer lo que aún pueden hacer y luego "bien morir". Es una visión terminal. No admite ningún futuro.

Yo, personalmente, no acepto esa visión terminal para la Sociedad de María. ¿Por qué? Porque creo que todavía somos parte del Plan de Dios y de María para la Iglesia, y que nuestra misión nunca estará cumplida del todo antes de la parusía. Creo que hay una alternativa a dejarse morir. Pero conlleva lo que podríamos llamar un "reset" o un "reinicio" Marista, una forma diferente de reflexionar sobre nosotros mismos y sobre nuestra vocación. Una vez más, el Capítulo General de 2017 apunta en esta dirección, cuando nos dice en el nº 4: "Así como María meditaba la Palabra, así también estamos llamados a una vida de contemplación, centrada en la Eucaristía, dando fruto en servicio dentro y más allá de la Iglesia."

Al parecer esto ya está sucediendo en la Sociedad de María. Me impresionó mucho la reflexión mensual del Superior General publicada en "Boletín SM", el 2 de marzo de 2018. Él estaba concluyendo una visita a las Islas Salomón y había visto por sí mismo el fruto de muchos años de trabajo de los misioneros Maristas, tanto hermanos como sacerdotes: "Una Iglesia descrita por el nuevo arzobispo dominico de Honiara como *una iglesia joven, dinámica y en crecimiento*." "Sin embargo"- continúa, "desde nuestra perspectiva Marista, todo está cambiando rápidamente". Un hecho emblemático de este cambio es que el arzobispo de Honiara, no es ya un Marista como antes, sino un dominico. En lo que solía ser un feudo de los Maristas, la mayoría de las parroquias están dirigidas ahora por el clero diocesano local. Esto, por supuesto, marca el establecimiento de una nueva Iglesia local en las Islas Salomón - que es precisamente a lo que nos mandaron allí. Otras órdenes y congregaciones religiosas han llegado y están atrayendo vocaciones. Además, señala John Larsen, "nuestros números han disminuido mucho y varios de nuestros hermanos han decidido seguir otro camino".

Vivir en este cambio de época es tan desconcertante para los Maristas de las Islas Salomón como lo es para cualquiera de nosotros el vivir experiencias análogas. Todo podría ser muy deprimente y desalentador. Una posible respuesta - creo que esto ya ha sido intentado en el pasado - es decirnos: si tan sólo nos hiciéramos otro gran esfuerzo, quizás si buscáramos una nueva misión en otro lugar, entonces seríamos capaces de cambiar las cosas. John Larsen tiene un consejo muy diferente: "Estamos siendo llamados a renovar nuestra confianza en Dios. Dios está asumiendo el control como nunca antes, y estamos atrapados en la oscuridad, en una ola

gigantesca y turbulenta. Tenemos que agarrarnos... de Dios." Él compara esta experiencia a la noche oscura de los místicos.

John también vio otra cosa en las Islas Solomon. Nos escribe: "Los días del misionero solitario que trabajaba por el Reino de Dios en un "espléndido aislamiento" (y también con bastante soledad) están dando paso a comunidades de mayor oración, comunidades de varios Maristas que buscan responder a las necesidades específicas de la Iglesia local, especialmente las necesidades de los pobres. Visité cuatro de tales comunidades, y quedé maravillado con la fe y el celo apostólico que vi allí."

Así que nos encontramos de nuevo con la "Declaración sobre la Misión de la Sociedad de María Hoy" del Capítulo General de 2017. Acabamos de ver cómo el nº 4 nos decía: "Estamos llamados a una vida de contemplación, centrada en la Eucaristía, dando fruto en servicio dentro y más allá de la Iglesia." El nº 5 habla de "nuestras comunidades, donde nos cuidamos a nuestros hermanos al igual que a todos los que se esfuerzan por ser discípulos fieles". Es desde estas comunidades, el Capítulo declara, que María nos llama a servir. Estamos muy lejos de una visión de la comunidad como algo simplemente utilitario, una especie de campamento-base de apoyo para nuestra misión. El nº 6 nos describe como "discípulos misioneros", pero, según el nº 7, "la Misión no es principalmente una cuestión de dónde estamos o hacia dónde vamos. Es más bien una actitud del corazón." Esto también, creo, parece una nota nueva, o al menos poco usual.

Así que, ¿qué tenemos aquí? Una visión de la Sociedad de María en términos de contemplación, comunidad, misión y de la interrelación de estos tres elementos. Esa idea no es nueva. El Consejo de la Sociedad de 2005 ya había llamado a los Maristas a una renovación al dedicarnos a lo que describió como los "tres círculos" de la santidad y la espiritualidad, la comunión y la comunidad, y la misión y las obras apostólicas. En el Preámbulo, el documento del CS dice: "La vitalidad surge en la superposición los tres círculos." No estoy seguro de que todo el mundo haya prestado atención a la palabra "superposición". Escuché hablar mucho de los "tres círculos", pero se les veía uno por uno, como elementos en un orden del día. Sin embargo, el punto es precisamente que la contemplación, la comunidad y la misión no están separadas, sino interconectadas, en superposición, enriqueciéndose continuamente y dándose vida mutuamente-¿quizás una especie de reflejo de la Santísima Trinidad?

Lo mismo dice el Capítulo General de 2017 en el n. 30: "La contemplación, en cuanto fuente de energía, corazón místico de la misión marista, está íntimamente ligada con nuestra identidad como religiosos maristas. Para formar una comunión para la misión, tenemos que profundizar la dimensión contemplativa de nuestra vida (cfr. Const. 118). Con Jesús al centro, podemos, como María, ser misioneros de esperanza." Es en este contexto que el Capítulo hace su recomendación de pasar una hora en "oración privada" cada día.

Contemplación, comunidad, misión. Me gustaría decir una palabra sobre cada una de ellos, empezando por la contemplación. Creo que es una palabra que "asusta" a algunas personas, especialmente a aquellos a los cuales les sugiere perderse en una oración de alto carácter místico, o en una vida alejada de todo, sin participar directamente en un apostolado activo. No creo - de hecho, estoy seguro - que el Capítulo no nos estaba pidiendo ninguna de estas cosas cuando nos llama a una "vida de contemplación" (aunque, quizás, algunos Maristas tengan dones especiales de oración o estén llamados a vivir la vida Marista de una forma más visiblemente contemplativa).

La contemplación de la que habla el Capítulo es, según tengo entendido, una manera de *mirar*, así que una vida contemplativa implica una forma habitual de mirar. ¿Mirar qué? Mirar a Dios, al mundo y al prójimo. ¿Mirar cómo? Con los ojos de Jesús y de María. No alcanzaremos esta forma de ver sin hacer de la oración un componente importante de nuestra vida cotidiana, o sin el

"silencio y soledad" que nuestro Fundador quería unir a "las obras de celo" (cf. Constituciones de 1872, nº 50). Supongo que la mejor manera de llegar a un hábito de mirar a Dios, al mundo y al prójimo con los ojos de Jesús es "meditar la Palabra" con María, estar tan familiarizado con el Jesús de los Evangelios que vemos las cosas como Él las ve. Esto implica un cambio radical de nuestra manera habitual de ver las cosas, el tipo de cambio radical que se expresa en las Bienaventuranzas. Y mirar con los ojos de María no es otra cosa que "pensar como María, juzgar como María, sentir como María", con el fin de "actuar como María en todas las cosas".

Con respecto a la comunidad, el Capítulo tiene principalmente directivas prácticas. Subraya, sin embargo, el vínculo entre comunidad y contemplación como "fuente de energía, corazón místico de la misión marista", y declara: "Con Jesús al centro, podemos, como María, ser misioneros de esperanza" (nº 30). Regresaremos al tema de la comunidad a la luz de la escatología del P Colín.

El Capítulo General de 2017 optó por una declaración breve y audaz sobre "La Misión de la Sociedad de María Hoy", que ya hemos citado. No contiene ninguna declaración ambiciosa, sino más bien unas observaciones muy modestas. Quedaba claro que la "misión" no era esencialmente una cuestión de ir a otros lugares, sino que se encuentra en nuestra propia puerta: "La Misión no es principalmente una cuestión de dónde estamos o hacia dónde vamos. Es más bien una actitud del corazón. "La misión" puede ser algo tan sencillo como cruzar la calle" (nº 7).

Uno puede preguntar ¿cuál es la misión de la Sociedad de María? ¿Es una misión que puede llevarnos a Tailandia o al África subsahariana, como sucedió en el pasado, hacia Oceanía, o puede simplemente llevarnos a mirar a nuestro vecino de al lado o mirarnos mutuamente de manera diferente? El nº 7 nos indica una respuesta: La Obra de María no se terminará hasta que, al final de los tiempos, todos los hijos de Dios estén reunidos juntos "en un solo corazón y una sola alma" (cf. Hechos 4,32). En el capítulo 17 del Evangelio de San Juan, Jesús ora: "Que todos sean uno." Por lo tanto la misión de la Sociedad de María es de hecho idéntica a la de la Iglesia y de Jesús mismo: Congregar a todos los hijos de Dios en un solo corazón y una sola alma. Cuando contemplo esta misión, no puedo dejar morir a la Sociedad de María.

3. ¿Quién era María para Juan Claudio Colin?

¿Quién era María para nuestro fundador? ¿Cómo pensaba en Ella? Estoy dando por hecho que compartía todas las ideas acerca de la Santísima Virgen que me eran comunes en la Iglesia universal y en la Iglesia de Francia en su época, incluyendo la que fue declarada como dogma de la Iglesia durante su vida, a saber, la Inmaculada Concepción. En cierta etapa, al comienzo de la historia de la Sociedad y mucho antes de 1854, Colín pensó en hacer de la defensa de esta afirmación una característica especial de la Sociedad de María. Sin embargo, yo quisiera más bien centrarme aquí en los aquellos aspectos de las ideas del P Colin acerca de María que son especialmente características - aunque no necesariamente únicas - de él.

Para empezar por el principio, Juan Claudio Colín veía a la Virgen María como su madre. Bueno, también lo hace cualquier católico y muchos otros cristianos. Pero, para Colin, esta fue una relación real y personal. Comenzó cuando su propia madre biológica, Marie Connet-Colin, falleció antes de que él cumpliera cinco años. En su lecho de muerte, ella pidió que le trajeran una estatua de Nuestra Señora, la tomó muy emocionada en sus manos, y le dijo a la Santísima Virgen que moría dejando ocho hijos, por lo que la suplicaba que Ella fuese su madre. Durante toda su vida, Juan Claudio miró a la Virgen María como a su madre y le mostró el tierno afecto de un hijo. Se podría decir que tenía el mismo tipo de sensación para con Ella que tendría alguien que hubiera perdido a su madre siendo niño pequeño y hubiera sido adoptado por una mujer que realmente lo amaba y lo consideraba como su propio hijo. Ella era su madre, la única que realmente había conocido -tan sencillo como eso. A lo largo de su vida, él tuvo para con Ella un amor profundamente sincero, y también la confianza que un hijo, incluso ya adulto, le tiene a su madre. A Ella podía él acudir, era Ella quien escuchaba y entendía, quien daba tanto buenos consejos como consuelo, que podía discernir y arreglarlo todo.

Además de lo que aprendió acerca de María en casa, en la iglesia, en la escuela y en los diversos seminarios a los que asistió, las ideas de Juan Claudio sobre María se fueron desarrollando por sus lecturas. Por supuesto, era moneda común, tanto entonces como ahora, en la literatura devocional y en los escritos teológicos sobre María, el subrayar su perfecta imitación de Jesús, sus virtudes como el perfecto reflejo de las virtudes de Cristo, y su participación en la obra de salvación de Su Hijo. Juan Claudio habría encontrado estas ideas por todas partes. Uno de sus libros favoritos, que todavía está en la biblioteca de La Neylière, era "La Imitación de la Santísima Virgen, en el modelo de la Imitación de Cristo", cuyo autor toma la famosa obra maestra de Thomas á Kempis como base y marco de su estudio de las virtudes y el lugar de María en el plan de Dios. En el capítulo 1 del libro 4 de esta obra, Colin habrá leído este discurso a María:

Jesús Os ha hecho de tal manera semejante a Él, por las virtudes más eminentes, que ha hecho de Vos una imagen viva de sí mismo...Jesús es el *Rey de la eternidad, el autor de la gracia, nuestro Intercesor ante el Padre, el Dios de las misericordias, el Dios de toda consolación, la luz del mundo*; y nosotros Os llamamos, con la Iglesia, *Reina del universo, Reina de los Cielos, nuestra Intercesora, Madre de la Gracia, Madre de Misericordia, Consuelo de los afligidos*, Estrella que nos guía en el camino, a través de la tempestad, al puerto de la salvación.

María imita a su Hijo de manera tan perfecta que ella está perfectamente unida a Él. Algunos autores de la Escuela Francesa podrían hablar incluso en términos de una cuasi-identidad. Así Pierre de Bérulle (1575-1629), de quien tendremos más que decir, podía declarar: "Al hablar de ti, María, hablamos de Jesús". Él era demasiado buen teólogo como para confundir el orden creado y el increado: Sabía muy bien que María no tiene nada ella no haya recibido. La expresión

no debe ser tomada literalmente; se puede decir que se trata de una hipérbole deliberada, que sin embargo expresa una gran verdad.

Hoy en día, podremos favorecer una "Mariología-desde-abajo", si me permiten usar ese término, y preferir ver en María a la sencilla chica de pueblo, que se ve atrapada en los planes que Dios tiene para el género humano, pero que nunca deja su humilde contexto social - una mujer ordinaria, que podría ser la vecina de al lado. Una "Mariología desde abajo" no niega los privilegios de la gracia que le han sido otorgados, como consecuencia de su participación en los planes de Dios, pero éstos generalmente no son el foco de la imaginación y la reflexión. Quizás nos gustaría pensar que el padre Colín, que subrayaba la humildad y el ocultamiento de María, podría haber sido un pionero, por así decirlo, de una "Mariología desde abajo". De hecho, al parecer, su pensamiento acerca de la Santísima Virgen fue precisamente lo contrario.

Durante su tiempo en Cerdon, al pasar las noches en la pequeña alcoba junto a su habitación en el presbiterio, Juan Claudio Colín no pensaba solamente en la regla Marista y en escribir el primer bosquejo de las constituciones. También leía y estudiaba. Además de los libros que ya tenía o que se encontraban en el presbiterio, pudo pedir prestados libros de la biblioteca del castillo de Méribat, que era en aquel momento la casa del alcalde de Cerdon. Entre los libros que él mismo nos dice haber leído durante su tiempo en Cerdon se encontraba "La Triple Corona de la Santísima Virgen Madre de Dios", del Jesuita François Poiré (1584-1637). Juan Claudio se inspiró mucho en este libro tanto para el tema como para el contenido de los sermones que predicaba acerca de María, en la parroquia y un poco más adelante en las misiones de Bugey. La "triple corona" de la Santísima Virgen Madre de Dios, de la que habla Poiré, es la de sus "principales grandezas" es decir, su excelencia, su poder y su bondad. Un tratado está dedicado a cada uno de estas "coronas", y cada capítulo describe una "estrella" de la corona.

Poiré celebra así de manera sistemática y exhaustiva todo lo que puede decirse de la grandeza de María, incluyendo su mando de los ejércitos del Señor. Juan Claudio Colin habría de conservar toda su vida esta visión exaltada de la Virgen María. Incluso las metáforas militares de Poiré encuentran todavía un eco en el n.º 1 de las Constituciones de 1872: "Este nombre [de María] indica suficientemente bajo qué bandera [la Sociedad] desea servir en las batallas del Señor". El que Colin haya más tarde insistido en la humildad de María, su obediencia o su ocultamiento no representa un cambio de ideas sobre ella sino más bien la percepción de una paradoja. Esta Reina del cielo y la tierra se dignó ser la más humilde de todos. Fue una "aniquilación" - una palabra preferida de los escritores espirituales franceses clásicos, - o para pedir prestado al lenguaje de San Pablo en Filipenses 2, una *kenosis*, un vaciarse de sí misma, que se asemeja a la *kenosis* de Cristo en la encarnación. (Tendremos más que decir sobre esto al tratar del "desconocido y oculto").

El P Colin no era un erudito, en un sentido formal, y mucho menos un profesor académico. Sin embargo, era un hombre sumamente docto. Aun así, él no adoptó necesariamente todas las ideas que encontraba en el curso de su amplia lectura. Uno de los libros en la biblioteca de La Neylière tiene por título: Sólo Dios. La Santo esclavitud a la Admirable Madre de Dios. Su autor fue Henri-Marie Boudon, otro autor que encontraremos más de una vez. Este libro fue publicado por primera vez en París en 1674, y el ejemplar en La Neylière es de 1823. La mayoría de nosotros, me imagino, estamos familiarizados con la idea de la "Santa esclavitud" a la Madre de Dios a través de "La Verdadera Devoción a María", de San Luis María Grignon de Montfort. El libro de Montfort fue escrito en 1712, es decir más de treinta años después de la obra de Boudon, pero permaneció en manuscrito y prácticamente desconocido hasta su primera publicación en 1843 Supongo que Boudon fue una fuente, tal vez la fuente directa, de la "Verdadera Devoción" de San Luis-María. Sin embargo, el verdadero autor de la idea no es otro que Pierre de Bérulle, quien difundió la idea

de la "santa esclavitud" a Jesús y a María -, Jesús y María, no sólo a María; ¿Acaso no había él dicho: "Al hablar de ti, María, hablamos de Jesús"? Juan Claudio probablemente leyó el libro de Boudon - a menos que, por supuesto, como muchos de nosotros, lo haya comprado, pero nunca leído. También parece haber conocido el libro de Grignon de Montfort una vez que fue publicado. Por eso es tan interesante que la terminología y la idea de la "santa esclavitud" a María nunca aparezca en sus charlas. ¿Acaso no le resultaba atractiva? ¿Quizás en privado era un adepto, pero le pareció prudente no hablar de ello? No sabemos. En cualquier caso, no era parte de lo que María era para él, o al menos de lo que quería que María fuera para los Maristas.

La autora que tuvo la mayor influencia, en el sentido de la influencia más amplia, sobre Juan Claudio Colin fue María de Ágreda. María Fernández Coronel y Arana, cuyo nombre de religiosa fue María de Jesús, nació en 1602 en Ágreda, Castilla la Vieja, España, y murió en 1665. Cuando tenía quince años de edad, sus padres decidieron abrazar la vida religiosa: su padre y dos hermanos se convirtieron en frailes franciscanos, mientras que su madre, con María (así la llamaremos) y otra hermana, permanecieron en la casa familiar, donde se convirtieron en monjas de la Orden de la Inmaculada Concepción. Al morir su madre, María fue nombrada superiora interina de lo que se había convertido en una comunidad de cerca de doce monjas, las cuales finalmente la eligieron a ella, aunque sólo tenía veintidós años de edad, como abadesa, un puesto al que fue continuamente reelegida (con un descanso de tres años) el resto de su vida. Bajo su gobierno, la comunidad creció en número y fue ejemplar por su observancia religiosa.

María parece haber sido una mujer de gran inteligencia, buen juicio y profundidad espiritual. Desde muy temprana edad, su vida estuvo marcada por fenómenos místicos, incluyendo éxtasis, visiones, levitación e incluso, al decir de algunos, bilocación. No es pues sorprendente que haya llamado la atención de la Inquisición Española, que le investigó y concluyó a su favor. En vida, tuvo fama de santidad y fue venerada por muchas personas, incluyendo al rey Felipe IV. Esta pareja improbable correspondió regularmente durante muchos años, y se han conservado más de 600 letras, en las que la monja de clausura brindó al rey una amistad humana, así como muchos consejos espirituales y, de vez en cuando, también algunos consejos políticos. El Papa Clemente X introdujo su causa de beatificación en 1673, y le fue concedido el título de "Venerable".

Además de sus cartas al Rey, María de Ágreda fue una autora prolífica. La mayor parte de sus obras espirituales permanece inédita. La obra que le sanó su fama - o notoriedad - es "La Mística Ciudad de Dios". Se trata de una vida de la Santísima Virgen María, que la autora identifica con la "Ciudad Santa" que el visionario del Apocalipsis vio "bajar del cielo, de Dios" (cf. Apoc. 21:2, 10). La obra se compone de tres partes. La primera comienza con la creación del mundo y la predestinación de la Virgen María, y luego narra su vida desde su propia concepción hasta la de Jesús. La segunda parte trata de la vida de María durante la vida de su Hijo hasta la ascensión de Jesús al cielo, acompañado de su Madre (una creencia que no encuentra ningún eco en Colín). La tercera parte comienza con su regreso a la tierra para fortalecer a la Iglesia con su ayuda y su enseñanza. Continúa con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés sobre los Apóstoles y otros creyentes - un evento al que no asistió Nuestra Señora, pero que "vio interiormente". El lector aprende de la vida de la Virgen María entre los Apóstoles y primeros discípulos en Jerusalén, y cómo los enseñó y "rigió"; de su salida a Éfeso y de su regreso a Jerusalén. El libro concluye con la Dormición de la Virgen María y su Asunción corporal al cielo, donde fue coronada Reina del Cielo y Tierra.

¿Cómo categorizar un libro como La Mística Ciudad de Dios? Para mí es, entre otras cosas, un midrash. Como muchos cristianos y judíos, María de Ágreda intentó completar los detalles, a menudo escasos, de la narración bíblica, y contar así "toda la historia". Buscó así dar respuesta a

preguntas que los creyentes siempre harán, como "¿cómo pasó María su infancia?", "¿Cómo vivió la Sagrada Familia en Nazaret?", "¿Qué hizo ella después de la Ascensión de Jesús?" y "¿cómo terminó su vida en la tierra?"

María de Ágreda encontró respuestas a estas preguntas en la literatura cristiana primitiva extra-canónica (o "apócrifa"). Esta era ampliamente leída en la antigüedad cristiana y en épocas posteriores, y en algunos casos tenía una autoridad semejante a la de la Sagrada Escritura. Así, tanto la iconografía del Oriente bizantino como la del Occidente medieval podían poner lado a lado escenas de la infancia de Jesús tomadas de los Evangelios canónicos y escenas de la infancia de María tomadas del así llamado "Proto-Evangelio de Santiago" y de otros textos similares. Otras narraciones antiguas relatan la Dormición y Asunción de la Virgen. Estos escritos dan prueba de gran creatividad e imaginación; algunos también pueden transmitir tradiciones genuinas. Sin embargo, el "conocimiento" que María de Ágreda tenía de la vida de la Santísima Virgen no se restringía a estas fuentes literarias: ella también experimentó lo que creía ser revelaciones personales, que le mostraban lugares, personas y acontecimientos que ella describe y narra en su libro. Un tercer elemento en la Mística Ciudad son los largos pasajes donde la autora afirma transcribir enseñanzas sobre las virtudes que le diera la Santísima virgen para que su propia vida reflejara la de Nuestra Señora. (cf. Libro 4, Capítulo 4).

Desde su publicación en Madrid en 1670 hasta la actualidad, la Mística Ciudad ha sido reeditada y traducida a muchos idiomas. También ha sido, desde su primera publicación hasta el día de hoy, valorizado de maneras marcadamente diferentes.

Se ignora cuándo empezó Juan Claudio Colín a leer La Mística Ciudad de Dios. Sin embargo, una vez que empezó, nunca se detuvo. Según Mayet, "amaba este libro con una rara predilección... nos dijo que hizo de él su meditación, su lectura espiritual." En esto, le dijo a Mayet, sólo estaba siguiendo el ejemplo de prelados en Italia. Lo llamó "un tesoro para estos últimos tiempos." Había sido juzgado y aprobado por hombres doctos. Su origen divino, para él, no dejaba lugar a dudas: "Uno siente que el espíritu humano no es capaz de ir tan lejos. Sí, un ser humano no podría inventar estas cosas."

Al mismo tiempo, su actitud ante La Mística Ciudad, tanto para sí mismo como para los demás Maristas, era de cautela. "Cuando comenzó a ejercer el sagrado ministerio", Mayet nos dice, "no quiso seguir leyendo esta obra, por miedo a mezclar en el púlpito lo que estaba leyendo con lo que el Evangelio y la tradición nos enseñan. Por la misma razón, les prohibió leerlo a algunos hermanos más jóvenes. En general, tendía a restringir sus comentarios sobre el libro a conversaciones informales.

¿Qué sacó Colín de su lectura de María de Ágreda? En primer lugar, obtuvo lo que tomó como detalles reales y concretos sobre la Santísima Virgen, especialmente su forma de vida y las actitudes interiores que conformaron su actitud exterior. En la segunda parte de la *Mística Ciudad* Juan Claudio encontró abundante material de meditación sobre como cuidaba la Virgen María del niño Jesús y en general acerca de la vida de la Sagrada Familia. El Libro 4 adorna los relatos evangélicos del nacimiento y circuncisión de Jesús y de su presentación en el templo (Lucas), así como los de la visita de los Reyes Magos y la huida a Egipto (Mateo) con muchos detalles que muestran el amor y reverencia de su Madre para con Él. En último análisis, el efecto puede quizás no ser muy diferente del que deseaba San Ignacio en la segunda semana de los Ejercicios, cuando invita por ejemplo a "ver con los ojos de la imaginación... el lugar o cueva de la Natividad, cuán grande, cuán pequeña, cuán baja, cómo se preparó... a ver las personas... mirándolas y sirviéndolas en sus necesidades, con todo el respeto y reverencia posibles...", para finalmente hablar con "las tres Personas Divinas, o con el Verbo Eterno Encarnado, o con nuestra Madre y

Señora." El Libro 5 relata la vida de la Sagrada Familia en Nazaret después de su regreso de Egipto, comenzando con el episodio en el Templo de Jerusalén cuando Jesús tenía doce años.

En la tercera parte de La Mística Ciudad Juan Claudio pudo leer acerca del cuidado que la Virgen María tenía de la Iglesia naciente. En particular, en el libro 7, capítulo 4, aprendió mucho más de lo que se encuentra en Hechos 1:12 - 14 acerca de los días pasados en oración en el Cenáculo, entre la Ascensión y Pentecostés. María comenzó entonces y continuó orando cada día al Señor para que "enviara al mundo a hombres de una santidad excepcional, pues Ella sabía que estaban destinados a trabajar para la conversión de los pecadores." Ella cuidó de que los Apóstoles y los demás discípulos se prepararan para recibir dignamente al Espíritu Santo. Ella los consoló en su tristeza por estar privados de la presencia visible de Su Hijo y les sacó de su abatimiento. Diariamente, durante este retiro, dedicó una hora para exponerles los misterios de la fe que su Hijo les había enseñado; esto lo hizo "no con autoridad, sino en forma de conversaciones." Ella también les animó a pasar una hora hablando entre sí de los consejos, promesas y enseñanzas de Jesús, participando en la oración vocal con el Pater Noster y algunos Salmos, y pasar el resto del tiempo en la oración mental, que Ella les enseñó. Por las tardes les decía que tomaran una comida ligera de peces y pan, para luego dormir.

Para María de Ágreda - y para el P Colín - el tema de "María entre los Apóstoles" abarca mucho más que el acontecimiento de Pentecostés. El resto de la Tercera Parte está repleto de detalles sobre el estilo de vida de la Virgen entre la Ascensión de Cristo y su propia Asunción, ya sea mientras ella vivió con los discípulos en Jerusalén o con San Juan en Éfeso. María de Ágreda muestra cómo, durante el resto de su vida en la tierra, la Santísima Virgen desempeñó el ministerio que el Señor le había confiado de "Madre y Maestra de la Santa Iglesia" (capítulo 11). En palabras que Juan Claudio atribuía directamente a María misma, Ella fue "el sostén de la Iglesia naciente". El P Mayet recogió varios pasajes en los que Colín se inspiró de María de Ágreda para imaginar a la Santísima Virgen en su papel como sostén de la Iglesia naciente.

Juan Claudio también encontró en Lo Místico Ciudad reglas y pautas de conducta que aplicó a la vida Marista. El infiere algunas de estas de la narración, otras fueron directa mente enseñadas por la Santísima Virgen a la autora. Cuando Colín dice: "La Santísima Virgen fue o hizo esto o aquello", su fuente (a menos claro, que sean los Evangelios canónicos) es seguramente Lo Místico Ciudad. Así, en la regla de Cerdon, leemos que "la Santísima Virgen María... siempre aborreció a lo largo de su vida este espíritu de codicia." Él sabía esto por haberlo leído en el libro 4, capítulo 18, donde San José, empujado por la Santísima Virgen, regala los obsequios que los Reyes Magos habían ofrecido al Templo, al sacerdote que circuncidó a Jesús y a los pobres. Acto seguido, Ella imparte una enseñanza acerca del desapego radical de todas esas cosas, especialmente apropiada a su discípula como abadesa del monasterio. Esta fue una lección que Colín tomó en serio y buscó enseñar a los Maristas.

La "casa de María" es uno de los "hilos conductores" que recorren toda Lo Místico Ciudad y le dan unidad. María de Ágreda pone mucha atención en la morada y en la forma de vida de la Santísima Virgen en todas las etapas de su existencia. El fragmento de la regla de Cerdon que conocemos como el Supplementum ad Regulas ve la casa de la comunidad Marista como la "casa de María". Por lo tanto, la regla se refiere, en palabras de Jean Coste, a "la vida en una casa, con todo lo que sucede dentro de sus muros" ("Estudios sobre los primeros ideos de Juan Claudio Colín"- I, Mirística 2, p. 228). Como en la casa de la Santísima Virgen, allí la vida es de silencio, oración y penitencia. La avaricia y el orgullo, tan aborrecibles a Nuestra Señora, deben ser absolutamente excluidos. También es una casa donde todos, como la Virgen misma, se turnan para las tareas domésticas.

Los Maristas no debían quedarse permanentemente dentro de la casa de María como en un monasterio. De ahí, salían a las misiones a los fieles y paganos, para catequizar y enseñar, para visitar a los enfermos y los encarcelados. Y ahí volvían, para continuar su vida de pobreza, humildad y fraternidad.

En el segundo fragmento de la Regla de Cerdon, sobre la manera de celebrar un Consejo, leemos que "María siguió siempre la voluntad de los demás en lugar de la suya propia." He aquí otro "hilo conductor" en Lo Mística Ciudad. Se puede enunciar de esta manera: la Santísima Virgen María era la Reina de los Ángeles y la persona más exaltada y privilegiada; sin embargo, siempre honró y obedeció a todos los que tenían autoridad sobre Ella, a pesar de que, por supuesto, eran simples mortales. Ella obedeció a sus padres (Libro 1, Capítulo 24), a los sacerdotes y a su aya mientras vivió en el Templo (Libro 2, Capítulo 4), a San José, tratándolos a todos con el máximo respeto - llamaba a José "Mi Señor y esposo", él la llamaba "Mi señora". Después de la Ascensión de Cristo, mantuvo esta misma actitud de obediencia en sus relaciones con los discípulos de su Hijo, con San Pedro y los demás Apóstoles, a pesar de ser Ella su Reina y su "Madre y Maestra".

María de Ágreda llenó así la mente y la imaginación de Juan Claudio Colín con muchos detalles concretos acerca de cómo la Santísima Virgen fue "el sostén de la Iglesia naciente".

No somos necesariamente devotos de María de Ágreda; ni estamos obligados a suscribir a todos los aspectos de la Mariología del Padre Colín. Aun así, podríamos plantearnos algunas preguntas: ¿quién es María para mí? ¿Pienso en ella como una persona real? ¿Me relaciono con Ella de alguna manera, como lo hizo nuestro Fundador?

4. El Utopismo de Juan Claudio Colín?

Quienes conocieron los textos escritos por Jean Coste sobre la Sociedad de María durante aproximadamente la última década de su vida, estarán conscientes de que él estuvo en contacto con un sociólogo de las religiones francés llamado Jean Séguy. La especialidad de este investigador era la utopía religiosa, y él comenzó a interesarse en la Sociedad de María cuando se dio cuenta que su inspiración era de carácter utópico. Coste nos cuenta que Séguy le dijo en una ocasión: "Yo conozco bien este campo, y creo que Colín es uno de los ejemplos más puros de cómo funciona un pensamiento utópico" ("*Una Visión Mariana de la Iglesia*", 8 Marística, p. 362). Hay que reconocer que este no es el aspecto del P Colín o de la Sociedad en el que más reflexionamos hoy, o que podríamos ofrecer como respuesta a una pregunta como: "¿Qué tiene que ofrecer la Sociedad de María a la Iglesia o al mundo de nuestro tiempo?" Cuanta mayor razón, tal vez, para examinar ahora este tema.

Puesto que el término "utópico" se utiliza a veces para descartar una idea o plan por parecer poco práctico o realista, es importante saber lo que significa para Jean Séguy. ¿Qué tiene él en mente cuando le atribuye un "pensamiento utópico" al P Colín? Él lo define así ("*Una sociología de las sociedades imaginadas: monaquismo y utopía*", en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, 1971, p. 331-332): "Por 'utopía' entendemos cualquier sistema ideológico global que tiene como objetivo, implícita o explícitamente, el cambio completo de un sistema social existente, ya sea apelando a la imaginación (utopía escrita) o al llevarlo a la práctica (utopía aplicada)." La Utopía original- de las palabras griegas que significan "en ningún lugar" - era una idea de Tomás Moro, y era el nombre que le dio a una isla (ficticia) remota, que se conocía por el relato escrito por un viajero. La sociedad descrita en ese relato era en muchos aspectos lo opuesto de lo que prevalecía en el mundo occidental contemporáneo y así representaba una alternativa (aunque no debiera necesariamente ponerse en práctica en todos sus aspectos). El pensamiento "utópico" no era, sin embargo, la propiedad exclusiva de Moro, y otras utopías han sido imaginadas en el pasado lejano, en un continente perdido, en otro planeta, o en el futuro.

El tipo de utopía que Séguy tiene en mente "impugna el presente desde el pasado en miras a un futuro". Así, para él, el pensamiento utópico mira necesariamente hacia el futuro, un futuro que puede ser realizado solamente al final de la historia, y así se funde en el pensamiento milenario o escatológico. De hecho, en la medida en que Juan Claudio Colín es un pensador utópico, es también un pensador escatológico.

El pensamiento utópico de Colín está encapsulado en la famosa frase extraída del texto en latín de Hechos 4:32: "Cor unum et anima una". Esta unidad de corazón y mente expresa para san Lucas lo que alguna vez fue la Iglesia. Para un utópico también expresa lo que debe ser la Iglesia (y - para un pensador escatológico - lo que será). La comunidad de Hechos siempre ha servido como referencia para los fundadores y reformadores de iglesias, órdenes y, de manera más amplia, de la sociedad en general. Como tal, se ha reinterpretado continuamente, o, como dice Séguy, "es siempre visto a través del cristal de la experiencia de vida" ("*Sociétés imaginées*"; p. 336).

El P. Colín decía a menudo que la Iglesia primitiva - l'église naissante, literalmente la Iglesia naciente - era el único modelo para la Sociedad de María. Al leer el texto de Hechos, veía que el estado ideal de la Iglesia había sido realidad en sus primeros años, cuando María había sido su sostén. Esperaba que ese estado regresaría al "final de los tiempos", cuando María volvería a ser su sostén. Él creía que, en este cumplimiento escatológico, la Santísima Virgen tenía un papel clave, que quería llevar a cabo, al menos en parte, a través de su Sociedad. Ese era el propósito de su fundación y existencia.

La más completa expresión de este pensamiento, en la que la visión de San Lucas acerca de la Iglesia Primitiva se proyecta al final de los tiempos, se encuentra en el *Summarium Regularum Societatis Mariae* de 1833 (n. 109): "El objetivo general de la Sociedad es contribuir de la mejor manera posible... a reunir a todos los miembros de Cristo,... para que al final de los tiempos, como fue al principio, todos los fieles con la ayuda de Dios puedan ser un solo corazón y uno solo olmo en el seno de la Iglesia Romana, y que todos, caminando dignamente ante Dios y bajo la guía de María, puedan alcanzar la vida eterna." Existe un paralelismo estructural claro con la frase, tantas veces repetida, atribuida a María misma: "He sido el sostén de la Iglesia naciente; lo seré también al final de los tiempos." Aquí, de manera muy clara, la utopía del P. Colín se fusiona imperceptiblemente con su escatología.

Al ayudar a hacer realidad, al final de los tiempos, la utopía alcanzada en Hechos, los Maristas deben "reiniciar una nueva Iglesia" (FS, 120:1). Me temo que los Maristas generalmente interpretamos esta expresión, "reiniciar una nueva Iglesia"- sólo en términos de alguna reforma deseada de la Iglesia de hoy (por ejemplo, hacerla menos clerical). Esto la vacía de su dinamismo escatológico, que da a esta idea su verdadero impacto potencial. En este pensamiento está implícito otro: la Sociedad de María está destinada a ser ya, en miniatura, el modelo de la "nueva Iglesia" y, al menos potencialmente, de una nueva sociedad humana.

La visión expresada en el texto que hemos citado del *Summarium* de 1833 da cuerpo a otro tema utópico, a saber, la unidad de la raza humana. La realización de esta visión está prefigurada en el libro de los Hechos, en el acontecimiento de Pentecostés en el capítulo 2, que reúne "en Jerusalén a hombres de todas las naciones bajo el cielo". Es finalmente realizada en el libro de Apocalipsis (7: g), donde Juan ve "una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas." La pretensión de universalidad está, por supuesto, implícita en el nombre mismo de Iglesia Católica. El P Colín, en los números 23 a 25 de sus Constituciones, quería que los Maristas estuviesen "firmemente unidos, como miembros de un cuerpo... amándose unos a otros como hermanos en el Señor, sin tomar en cuenta las diferencias regionales o nacionales, y evitando incluso las chispas más leves de la discordia." Estoy seguro de que podían encontrarse textos paralelos en otras reglas religiosas o en los escritos de fundadores de congregaciones. Sin embargo, estos pasajes de las Constituciones del Fundador tienen una cierta "agudeza" si se leen, no simplemente como una exhortación a la caridad fraterna, sino como una visión de una utopía-envías-de-realización.

Colín no es excepcional en su cuestionamiento del estado actual de la Iglesia. Séguy, una vez más, nos dice: "De hecho parece que, al principio, cada proyecto de "vida religiosa" implica casi siempre un rechazo del estado de la Iglesia o de ciertos aspectos del comportamiento real de alguna clase, grupo o parte de un grupo. El "mundo" que se critica se encuentra siempre representado también en la Iglesia" ("*Sociétés imaginées*", p. 337). Si aplicamos esto a Colín, cuando critica la "soberbia" de su época, él está implícitamente criticando la soberbia que se encuentra en la Iglesia, en particular entre el clero. Por lo tanto, creo que su idea de "desconocido y oculto" implica humildad y olvido de sí, no sólo a nivel individual, sino también a nivel corporativo e institucional. Quiere una Sociedad y - por lo menos implícitamente - una Iglesia caracterizada por la humildad y el olvido de sí.

Por otra parte, para Séguy: "Ciertas utopías eclesíásticas prevén de manera explícita solamente la transformación de la Iglesia o de alguna iglesia. Pero, si mira uno más de cerca - y eso a menudo significa mirar más allá de las intenciones del autor- es imposible pensar críticamente acerca de la Iglesia o de una iglesia sin desafiar las sociedades en las que existen" ("*Sociétés imaginées*", p. 331, nota 5). Así la visión utópica de Colín concierne no sólo a la Sociedad de María o incluso a la Iglesia como un todo, sino también al mundo que la rodea.

La descripción en Hechos 2:44-45 de la Iglesia Primitiva donde "tenían todo en común" ha resultado a menudo atractiva a las utopías "comunísticas" (aunque no necesariamente comunistas). De hecho, el movimiento sindical británico y el partido laborista en sus inicios, como lo dijo con justeza Morgan Philips (Secretario General del partido), le debe más al Metodismo que al Marxismo. Dorothy Day y los Trabajadores Católicos también abrazaron un "comunismo utópico, cristiano" que sería construido a través de la acción no violenta y pacífica, ya que "el camino hacia el cielo también es cielo" (citado por Eugene Carragher, "La República Popular Celeste: de la Reforma Protestante a la Revolución Rusa, 1517-1917", en *The Hedgehog Review*, 19, 2017).

¿Existe algún rastro de utopismo político en el pensamiento de Juan Claudio Colín? Como bien sabemos, se mantuvo al margen de la actualidad política - al menos en Francia: Los Maristas no debían participar en campañas a favor de determinados partidos o políticas, ya que correrían el riesgo de enajenar a sus opositores políticos (hay almas que salvar en todos los partidos). Por otro lado, podía aceptar en Oceanía la creación de "pequeñas repúblicas cristianas", que comparó expresamente con las "reducciones" jesuitas en Paraguay (cf. Colín sup 1, 52:4; también FA, 367). En otras palabras, prevé una utopía social y política en la práctica, pero no en Nueva Zelanda, donde "ya hay comercio, y muy pronto estos desdichados europeos lo habrán estropeado todo"; pero sí en otros lugares de Polinesia, donde, pensaba, "no habrá ningún comercio a gran escala". Así encontramos en Colín interesantes puntos de contacto con ideas utópicas/apocalípticas clásicas que abarcaban juntos a la Iglesia y al mundo.

Cualquier estudio, incluso superficial, del pensamiento utópico/apocalíptico acerca de la Iglesia debe necesariamente hacer referencia al abad medieval Joaquín de Fiore (quién vivió de 1155 a 1202 D.C.). Estudió el libro del Apocalipsis a lo largo de toda su vida, y esto le llevó a formular una división de la historia de la humanidad en tres periodos o Edades, cada uno asociado a una de las Personas de la Santísima Trinidad. La Edad del Padre correspondió al Antiguo Testamento. La Edad del Hijo comenzó con la Encarnación de Cristo y continuó en la Iglesia. Estaba, sin embargo, a punto de ceder el paso a la Edad final del Espíritu Santo, en la que la gente entendería perfectamente las Escrituras y reinarían la paz y la armonía universales. Las corrientes de pensamiento herederas de Joaquín esperaban que, para iniciar la Edad del Espíritu Santo, la Iglesia sería reformada por un "Papa espiritual" ("Papa" o "Postor Angelicus", que sería ayudado por una orden religiosa reformadora, a la que pertenecería y, a menudo, por un príncipe, emperador o rey "de los últimos tiempos" (cfr. Séguy, "Ordenes religiosos y tercera edad del mundo"; en *Recherches et documentation du Centre Thomas More*, 8, 2g). Estas ideas joaquinistas persistieron durante mucho tiempo e inspiraron o influyeron en muchos reformadores y autores espirituales, incluyendo a San Luis María Grignon de Montfort, para quien la Edad del Espíritu sería la Edad de María.

En un texto muy conocido, el P Colín expresó su convicción de hallarse "actualmente en el siglo de María; y es así, porque este siglo es el siglo de la impiedad, de la incredulidad, el siglo del crimen, el siglo de la ciencia engañosa, el siglo de lo terreno" (HF, 78:2). ¿Estaba familiarizado con las ideas joaquinistas? No hay ninguna prueba de que haya leído alguna vez a Joaquín de Fiore. Sin embargo, es posible recibir alguna influencia de segunda o tercera mano, y Colín era un hombre muy leído. Un posible contacto es Santa Brígida de Suecia, cuyas revelaciones, que él conocía, adoptaron la misma división tripartita de la historia. En cualquier caso, una vez que se sabe de la expectativa de que la Iglesia sería reformada por una orden a la que pertenecería el Papa reformista, creo que es posible mirar con renovado interés algunas ideas y declaraciones bien conocidas de Juan Claudio Colín.

El concepto de Colín sobre el papel destinado a la Sociedad de María al final de los tiempos - deliberadamente o no - hace eco a la expectativa Joaquinista del papel de la nueva orden religiosa en la última Edad. En cuanto al "pastor angelicus", los que no habían sido capaces de identificarlo entre los papas del siglo XVIII pudieron haberlo visto por lo menos prefigurado por Pío VI y Pío VII, cuyos sufrimientos, que tuvieron lugar durante la infancia y juventud de Juan Claudio, le habían ganado al papado un nuevo prestigio. Desde esta perspectiva, el ultramontanismo de Colín tiene una arista que lo lleva más allá de la mera controversia teológica. Y el "tercer fin" de la Sociedad de María - "enseñar y defender con especial celo la fe de la Iglesia Romana en toda su pureza" - no era simplemente para inculcar a los Maristas una sana ortodoxia, sino para indicar una de las batallas que librarían bajo el estandarte de María. La famosa respuesta al cardenal Castracane, "El Papa será nuestra cabeza", tal vez no era simplemente una ocurrencia o una frase hábil. Pienso que tampoco significa simplemente que los Maristas se colocarán lealmente bajo las órdenes del Santo Padre como cabeza de la Iglesia. Ya que, si la Sociedad de María debía jugar un papel como aquél atribuido a la nueva orden de la Edad final, entonces, por supuesto, el Papa tendría que pertenecer a ella.

¿Qué hay del "Rey Cristianísimo" que se menciona en la promesa de Fourvière y en otras fuentes Maristas tempranas? Este era, por supuesto, un título tradicional de los reyes de Francia, que habían sido restablecidos en el trono apenas en 1814-1815. Pero detrás de un Luis XVIII o un Carlos X quizás pueda vislumbrarse la tenue figura del "rey de los últimos tiempos" de Joaquín de Fiore.

Estas son sin duda ideas poco usuales. Podemos encontrarlas poco atractivas; o podemos encontrarlas fascinantes. En cualquier caso, parecen arrojar luz sobre el pensamiento de nuestro fundador. ¿Hay acaso aquí algo también para nosotros? Según veo ahora, esta es la clave para entender la afirmación del P. Colín acerca de la Sociedad de María como "una gran congregación", idea que no fue, según una observación bien conocida del P. Jeantin, compartida por su sucesor Julien Favre.

Una visión utópica puede tomar formas muy prácticas. Por supuesto, cada utopía, en la práctica, logra solamente de manera parcial el proyecto de la utopía escrita, "por razones de dinámica social o de táctica política" (Séguy, "Sociétés imaginées", p. 332). Esto se debe a que, cuando la teoría se convierte en práctica, hay necesariamente compromisos y adaptaciones. De hecho, para Séguy, cada instancia de "monasticismo" (refiriéndose a la vida religiosa) se presenta como una sociedad alternativa, que cuestiona: la relación hombre mujer, la relación campo-ciudad, las relaciones cotidianas, las relaciones de clase social, la relación entre gobierno y gobernados. Echemos un vistazo a su vez en cada una de estas relaciones y las formas en que el proyecto de vida religiosa les afecta, para después ver hasta qué punto esto es cierto en la Sociedad de María fundada por Juan Claudio Colín.

1. la relación hombre-mujer es radicalmente cuestionada en la vida religiosa por el voto de castidad, que rechaza el matrimonio, que es tradicionalmente la forma "normal" de esa relación. Tradicionalmente, también, el matrimonio implica la subordinación de la mujer a su marido. Otras maneras de subvertir la relación entre hombres y mujeres en "religión" han sido a través de órdenes mixtas o paralelas iniciadas y gobernadas por mujeres. Más frecuentemente, los proyectos de vida religiosa han dado lugar a congregaciones masculinas y femeninas vinculadas. Esto último ha sido obviamente cierto en el proyecto Marista, especialmente en su forma original de "un árbol con varias ramas". La subversión Marista más radical, aunque simbólica, de la relación tradicional entre hombres y mujeres, por supuesto, ha sido la declaración de que María es nuestra "primera y perpetua

Superiora". Son hombres los que gobiernan a las congregaciones Maristas masculinas, pero en nombre de una mujer y como sus representantes y delegados.

2. la relación ciudad-campo. Los primeros ermitaños y monjes dieron deliberadamente la espalda a las ciudades y eligieron el "desierto". Esto representó, entre otras cosas, la inversión de la relación tradicional que había subordinado el campo a la ciudad. En formas más tardías de la vida religiosa, la búsqueda de la soledad, de maneras más o menos literales, puede verse como un eco de la huida original al "desierto". Estamos familiarizados con este reflejo en Juan Claudio Colín.

Hoy en día, creo que podemos decir más, sobre la necesidad de cuidar nuestro planeta. Nuestra época pide una reflexión teológica sobre el medio ambiente y medidas apropiadas, empezando por nosotros mismos. No es, por supuesto, una simple dicotomía de la ciudad y el campo, ya que ambos necesitan ser sanados, y una ciudad ambientalmente "buena" puede ser parte de la solución, como también las ciudades "malas" son parte del problema. Este no es el lugar para un tratamiento completo del tema, pero quiero introducirlo aquí, bajo el título del proyecto utópico de la vida religiosa y específicamente de la vida Marista. El P Colín mismo quizás no tenga mucho que decir sobre esto. Por otro lado, nuestro reciente Capítulo General, en sus Declaraciones y Decisiones, nº 44, repite la llamada del Papa Francisco en *Laudato si'* para una "conversión de vida" y nos dice: "un estilo ecológicamente sustentable de la vida es hoy parte intrínseca de vivir el Evangelio." El nº 245 es aún más específico: Los Maristas no podemos vivir auténticamente el Espíritu de la Sociedad sin mirar las consecuencias de nuestra forma de vida para el cuidado del planeta". Esta es una declaración fuerte y desafiante, que entra perfectamente en el proyecto utópico de la vida religiosa.

3. Las relaciones diarias. La vida cotidiana abunda en ejemplos donde un puesto confiere privilegios y diferencias de estatus, diferencias visibles en la ropa, la vivienda, el transporte y las incidencias generales de la vida cotidiana. Por el contrario, en el "monasticismo", los superiores, aunque hayan sido elegidos o designados de por vida, deben vivir en completa igualdad con sus gobernados, salvo la necesaria diferencia de función: así, tanto superiores como "súbditos" comparten la misma comida, el mismo tipo de cuartos, las mismas tareas comunes, es decir, no disfrutan privilegios pertenecientes a su estado.

Colín insistió en esta igualdad en la vida cotidiana y las relaciones entre los Maristas, con la excepción del superior, que podría tener dos habitaciones, una para servir de oficina, además de su habitación. Vestir el hábito, aunque fuera solamente la sotana o el traje clerical, significa que todos usan la misma ropa. ¿Cómo podemos vivir este aspecto de la "vida-diaria -como-utopía", cuando cada quien puede elegir su propia ropa?

Para el P Colín, como para San Agustín, el "todas las cosas en común" de Hechos 2:42, no se quedaba en simple principio abstracto, sino que debía ser encarnado en la práctica. Para ambos fundadores, y para la mayoría de quienes vivieron en el intervalo entre ellos, la vida en común llegó incluso a tomar las camisas y hasta la ropa interior del almacén común. El P. Favre tranquilamente abolió esta práctica - lo que el P Colín consideraba como un abandono del estilo de vida de la Sociedad. Él restauró esta práctica en las Constituciones de 1872, nº 142, permitiendo solamente una excepción en los casos de enfermedades contagiosas. Sin embargo, sospecho que, para entonces, era ya letra muerta en la Sociedad.

4. las relaciones de clase social. Ni siquiera los antiguos países comunistas tuvieron realmente éxito en la creación de una sociedad sin clases. No es sólo en Inglaterra donde las

diferencias de clase y la conciencia de las relaciones de clase permean el mundo social. Séguyl pregunta en qué medida el "monasticismo" puede desafiar el sistema predominante de clases *ad intra* y *ad extra*, es decir, dentro del cuerpo religioso y en la sociedad que lo rodea. Parece dar a entender que se trata de un vasto campo de investigación aún por explorar. Echemos un vistazo a los Maristas.

Los primeros Maristas provenían principalmente de las clases rurales "campesinas". En el siglo XIX, muchos, como la familia Colín, era propietarios de la tierra que trabajaban y vendían sus productos. Notemos de paso que estos hombres y mujeres antes fundaron instituciones religiosas en el siglo XIX, que unirse a las ya fundadas por personas de situación social más alta (a menudo en categorías subordinadas), como en épocas anteriores. Esto puede considerarse como fruto de la Revolución Francesa y su *égalité*. Sería interesante estudiar la composición social de la Sociedad de María a lo largo de su historia. También sería interesante ver si los Maristas desafiaron el sistema imperante de las relaciones sociales *ad extra*. No tengo nada que decir aquí sobre estas cuestiones.

Ad intra: la insistencia de Colín en una absoluta igualdad social (como se ve arriba), incluía la igualdad política. De ahí su oposición a lo que él vio como una tentativa de Favre de configurar una clase de profesos estables, que solo tendrían derecho a ser superiores y miembros de los capítulos. En sus Constituciones, Colín mantuvo el cuarto voto como una cualificación necesaria para estas funciones, pero abrió el voto a todos, socavando así la posible introducción de un sistema de dos categorías de Maristas.

¿Qué hay de la antigua cuestión de los padres y los hermanos? Aquí, más que en cualquier otro lugar, sería probable encontrar una desigualdad social y política. Originalmente todos los hermanos en la Sociedad, incluyendo los que vivían en las comunidades de los padres, eran formados en el Hermitage y eran, al menos en principio, capaces de enseñar en las escuelas. Una siguiente fase vio la creación de los "hermanos de San José", que llegaron eventualmente a ser totalmente distintos de los Hermanos Maristas, y no eran ya formados con ellos. Esta nueva situación tendía a reproducir las actuales distinciones sociales, entre personas de "clase alta" y "clase baja", los sirvientes y los patrones.

No se puede negar que esto haya sucedido en la Sociedad. El ingresar al sacerdocio significaba tener aptitud para el estudio y la adquisición de una educación suficiente. Hasta hace poco, estas calificaciones tendían a restringirse a las clases relativamente acomodadas; A los que venían de ambientes diferentes y no tenían esas capacidades, pero querían sin embargo ser religiosos, se les ofrecía ser hermanos. En la Sociedad de María, los hermanos no eran políticamente iguales a los sacerdotes y no lo son aún en algunos aspectos (sólo los sacerdotes pueden ser superiores mayores). Sin embargo, Colín insistió en que no eran sirvientes de los sacerdotes, los cuales de hecho debían estar preparados a compartir sus tareas, incluso las tareas serviles, cfr. HF, 8:2; 69:3; 101:3. Unió su ejemplo personal a sus exhortaciones. A ese grado, por lo menos intentó mitigar los efectos de la introducción en la Sociedad de las relaciones sociales habituales.

5. Las relaciones entre la autoridad y los gobernados. En la Sociedad de María, y de hecho en la mayoría de las órdenes y congregaciones, todos los superiores son de signados o elegidos por un período fijo, que no puede ser renovado indefinidamente. Al final de su mandato, el superior Marista regresa a las filas. Además, la máxima autoridad de una provincia o de la Sociedad en su conjunto es el Capítulo, que es un cuerpo elegido. El elemento más original - y subversivo - en las instrucciones de Colín sobre los superiores es su enérgica petición de que el Superior General - y, por extensión, los otros superiores -

deberá normalmente seguir la opinión de su Consejo, aunque vaya en contra de su propia opinión (Constituciones de 1872, 307; 334).

5. La escatología del P. Colín

Vimos en la última reflexión sobre el utopismo del P. Colín que el pensamiento utópico tiende a fusionarse con el pensamiento escatológico. Este fue cierto en el caso del fundador Marista: en la medida en que él fue un pensador utópico también fue un pensador escatológico. En esta reflexión miraremos la escatología de Colín y también enfrentaremos la pregunta: ¿Qué podemos aprender de esto? Aquí me gustaría rendir homenaje a Edwin Keel, quien fue el primero en alertarme sobre la importancia de la escatología en Colín, especialmente en "La Obra de María al final de los tiempos", FN, 1,4 (1991):427-444; "Colín y la evaluación del tiempo", FN, 3,3 (1996):338-357.

Nuestro estudio debe empezar con la segunda parte de la frase atribuida a María: "Seré el sostén de la Iglesia al final de los tiempos". Colín estaba seguro que María haría aún ""más" al final que al principio, porque la necesidad sería aún mayor. Así, en HF 117:3 (1846), afirma: "la Virgen Santísima, que hizo entonces cosas tan grandes, las hará mayores todavía al fin los tiempos, porque el género humano se hallará más enfermo". La nota negativa es inconfundible. Se trata de un tono diferente al del Summarium de 1833, que habla sólo de reunir a todos los miembros de Cristo para convertirse en un solo corazón y una sola alma. Esto sigue siendo el objetivo final, pero, al parecer, se logrará solamente a través de la lucha y el sufrimiento.

De hecho, para Colín, la raza humana ya estaba enferma - aunque había un remedio (HF, 152:1): "Hay que admitir que la época en que vivimos es pésima y que la humanidad se halla realmente enferma. Al final de los tiempos necesitará de una asistencia especial y va a ser la Santísima Virgen la que se lo va a proporcionar". "La época en que vivimos es pésima" -, una traducción más literal del francés diría "los tiempos son malos". Colín está citando, sin duda plenamente consciente, Efesios 5:16. Estamos en el año 1848, y los acontecimientos contemporáneos - el estallido de la Revolución en Francia y en otros lugares- parecen justificar la cita. Pero el Fundador, que creció en tiempos azarosos, probablemente vivió siempre con la sensación de que los tiempos eran malos, tan malos de hecho que el final bien podría estar cerca. Aquí, por supuesto, iba en contra de la interpretación que prevalecía de su propia época como una era de Progreso. En todo caso, hay que tener en cuenta que con Colín hay un cierto lapso, expresado en el tiempo verbal que usa, entre los tiempos actuales - por malos que sean- y el final, que está aún por venir: "la humanidad se halla realmente enferma. Al final de los tiempos necesitará de una asistencia especial."

Es bastante probable que Juan Claudio Colín creyera en el fondo de su corazón que ya estaba muy cercano el final de los tiempos. En todo caso, cuando se dirigía a los Maristas, era habitualmente muy prudente (HF, 160:7): "Los tiempos son malos [1848], es verdad; pero María, que consoló, protegió y salvó a la Iglesia naciente, la ha de salvar también en los últimos tiempos. No voy a afirmar yo que hayan llegado ya los últimos tiempos -aunque sí que lo serán bien pronto para nosotros--; pero cuando se han leído y meditado estas palabras: "¿Creen que cuando el Hijo del Hombre vuelva, ha de encontrar todavía un poco de fe en la tierra?" [Lc. 18:8] Se ve tan poca fe, tan poca, en nuestros días, que no puede uno por menos de ponerse a dudar de ello."

En otras palabras, cuando contempla la situación actual, el Fundador piensa espontáneamente en el versículo de Efesios, que "los tiempos son malos", y también en las frases de Cristo tales como Lucas 18:8, y saca la conclusión que ya estamos entrando en los últimos tiempos. Sin embargo, él no quiere decir "que hayan llegado ya los últimos tiempos", aunque se vienen "pronto". Él no calcula los días hasta el final. El P David podría testificar (OM 3, 886:2): "En

cuanto a si el tiempo de estos grandes eventos [el final de los tiempos] estaba cercano o lejano, nunca he entendido que él haya recibido alguna iluminación especial."

En cualquier caso, su propósito no es anunciar el fin del mundo, y mucho menos conseguir conversiones por temor. Más bien afirma cuál será el papel de María al final, el papel de María y también el de los Maristas, que serán sus instrumentos. El P Colín continúa en el mismo número de HF "María se ha de servir de nosotros, sus hijos. Hagámonos, pues, dignos de ello. Por nosotros luchará Ella contra el demonio y contra el mundo. Sirviéndose de nosotros, le ha de vencer también si, por la pureza de nuestra vida y por la inocencia de nuestras almas, nos hallamos en disposición de merecer sus gracias y sus favores."

¿Qué significa para Colín el "final de los tiempos"? Algunas de sus declaraciones presentan el final como una realidad aún por venir, aunque ya cercana. En otras ocasiones el fundador afirma, estamos ya en los últimos tiempos. Así que, por un lado, el final de los tiempos está todavía por venir, y, por otro lado, ya ha llegado. El lector puede pensar en el Nuevo Testamento, donde Jesús habla del Reino como algo cercano y también como una realidad que ya está aquí (Comparar Mat. 4:17 y 12:28).

¿Cómo va María a ser "el sostén de la Iglesia al final de los tiempos"? María de Ágreda no podía ayudarle a visualizar cómo sería esto, y él no intentó imaginar qué forma tomaría esta intervención, salvo que la Sociedad estaba destinada a ser su instrumento. Sus declaraciones sobre este tema no dicen mucho, fuera de algunas afirmaciones generales e imágenes algo convencionales. (No creo que tuviera una imaginación muy creativa, aunque él era muy sensible a la imaginación de los demás.) Esto tomó a menudo la forma de imágenes marciales y también de martirio.

Ante el Capítulo General de 1866, el Fundador declaró (OM 3, 807:4): "Siempre he tenido este pensamiento que la Sociedad está destinada a librar batalla hasta el final de los tiempos. María fue el sostén de la Iglesia naciente; lo será también al final, y será a través de ustedes". Notemos que dice que "siempre" había pensado así; así no era una idea nueva de su vejez, ni era una noción juvenil que abandonó más tarde. En La Neylière, tras su regreso del Capítulo, comentó (OM 3, 808:5): "Los tiempos son malos, nuestra querida pequeña Sociedad está llamada a librar batalla contra el Anticristo, tendrá mártires".

Se podría, por supuesto, haber previsto, desde el momento en que se aceptó la misión de Oceanía occidental, que algunos Maristas entregarían su vida: Pedro Chanel fue asesinado en 1841; cuando el hermano Blaise Marmoiton fue asesinado en Nueva Caledonia, seis años más tarde, Colín lo vio como un cumplimiento de esa profecía. Por otro lado, la predicción que habría mártires en la Sociedad de María se remonta a alrededor de 1820 y, al parecer, a alguien que no es Colín mismo. En su pensamiento más profundo Juan Claudio Colín vislumbró que habría mártires Maristas no tanto en el contexto de una misión peligrosa, sino en el curso de la lucha contra el Anticristo, que no tardaría mucho tiempo en llegar. La convicción de que la Sociedad sería uno de las últimas congregaciones en aparecer en la Iglesia antes del juicio Final y que pasaría por "tiempos muy difíciles" se remonta en última instancia al proyecto del Seminario de San Ireneo y a la idea o mejor dicho la esperanza expresada por Courveille al final del relato de su experiencia en Le Puy de 1812: María misma quería una Sociedad que llevaría su nombre y cuyos miembros se llamaría Maristas, "para luchar contra el infierno..."

¿Cómo se escuchan estas ideas hoy en día? ¿Pintorescas? ¿Anticuadas? Hay sin embargo que escuchar también estas palabras de la Carta a los Efesios (6:12): "Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales." ¿Y acaso

no se ha llamado a nuestra época una nueva era de mártires en muchas partes del mundo, tal vez un día también en el mundo Marista?

Me gustaría proponer esta idea: Necesitamos recuperar la visión coliniana del papel de María al final de los tiempos, así como de la tarea que Ella tiene para Su Sociedad.

Desde la década de los sesenta, los Maristas fueron descubriendo, a través del trabajo de Jean Coste y Gaston Lessard, que la idea de la Sociedad en la que habían sido formados era, de manera bastante importante, distinta de la que Juan Claudio Colín había querido. Para algunos, al menos, la diferencia parecía expresarse en un pasaje de las "Notas sobre la Historia de la Redacción de nuestras Constituciones", de Jean Jeantin, a quien hemos citado con frecuencia. Notaba un contraste entre la idea "grande y elevada" que Colín tenía la de la Sociedad, como una verdadera "orden religiosa", y de su destino, para contrarrestar el espíritu de la época con el espíritu de María, con la de su sucesor Julien Favre, para quien, en opinión de Jeantin, la Sociedad de María era "una congregación de piadosos sacerdotes, viviendo bajo una regla fácil y amplia, dirigiendo misiones y escuelas, haciendo obras apostólicas muy limitadas y de manera muy secundaria."

Este pasaje ha sido interpretado a menudo una oposición entre las ideas supuestamente ambiciosas y valientes de Colín sobre la "misión" (una palabra que, por supuesto, no tenía en su día algunos de los significados que ahora le atribuimos) y el programa supuestamente limitado y tímido de Favre. Por lo que el remedio sería comprometerse en obras nuevas y más audaces, tener una visión más grande y así sucesivamente. Si miramos más de cerca, sin embargo, la política misionera de Favre era igual o más ambiciosa que la de Colín. No creo que el problema se halle allí. Durante algún tiempo, estuve inclinado a creer que la clave del significado del texto de Jeantin se encontraba más adelante, en el mismo texto citado, donde cita a Favre acusando a Colín de "tener una idea demasiado alta de esta Sociedad y querer fundar una gran orden religiosa". Para mí, el término "gran orden" evocaba las órdenes medievales, dominicos, franciscanos, etc., y sus múltiples ramas de frailes, hermanas (contemplativas) y las terceras órdenes laicas - a las cuales, por supuesto, correspondía, en términos generales, la concepción de la Sociedad de María como un "árbol con varias ramas" y que las Constituciones, también con una estructura de varias ramas, contenían aún en 1842. ¿Era esa la clave a lo que había sucedido, a saber, la separación de las ramas, de modo que la Sociedad de María, que Julien Favre y sus sucesores presidieron, fue, de hecho, reducida a una congregación de sacerdotes (con hermanos coadjutores), vagamente relacionada con una asociación laica? Pero si ese era el caso, me quedaba muy claro, a medida que trabajaba en la biografía de Colín, que era él (y no Favre) el responsable de haber "cortado las ramas", animando a los Hermanos Maristas a independizarse, y prácticamente forzando a las Hermanas Maristas a seguir el mismo camino.

Estoy de acuerdo, sin embargo, que algo importante se "perdió en la transmisión". Me queda bastante claro que la visión que la generación fundadora tenía de la Sociedad de María no era la de la generación Marista siguiente o de las subsiguientes. No tiene ningún caso querer culpar a Favre (o a Colín). Pienso que el problema es mucho más profundo.

Jeantin da a entender- y la evidencia es abrumadora- que Juan Claudio y sus coetáneos en la Sociedad creían que María los había llamado y elegido, por inadecuados e insignificantes que fueran, para llevar a cabo una tarea. El contexto era uno de crisis: un mundo a su alrededor se estaba acabando, y un nuevo mundo empezaba, un mundo en donde el sostén de María a la Iglesia era más necesario que nunca. Quería una Sociedad que llevara y actuara en su nombre - y, por improbable y sorprendente que fuera, ellos eran los escogidos.

Para aquellos hombres y mujeres, creer esto requería una fe que fuera audaz y que fácilmente podía parecer ridícula. También requería ver a María como una presencia constante que intervenía en sus vidas, como una persona real y no sólo un objeto de veneración o una abreviatura conveniente para ciertas virtudes consideradas "marianas". No se trataba ni siquiera de llevar a cabo un apostolado "de una manera marial" o "según el espíritu de María". Significaba la conciencia de ser los instrumentos elegidos de María, conscientes de realizar Su Obra y de trabajar bajo Su dirección, con el correspondiente elevado sentido de identidad y destino. Hemos visto el trasfondo de esta visión en el pensamiento utópico de Colín.

Creo que esta era la idea "elevada y grande" de la Sociedad que las siguientes generaciones de Maristas no pudieron manejar. Parecía poco realista, "idealista", - incluso "utópica" - en el peor sentido del término, simplemente demente. La realidad cotidiana de la Sociedad no podría soportar la tensión, a menos que, por supuesto, se pudiera llevar a abrazar la "idea" con una fe semejante a la de los primeros Maristas. Era mucho más realista, parecería, conformarse con ser una congregación aceptable y trabajadora, que llevara a cabo obras necesarias y, por supuesto, para los aventureros, ahí estaba la misión de Oceanía.

Pero, si decidiéramos apropiarnos de las ideas utópicas/escatológicas de Colín para nosotros mismos, ¿qué tendríamos que hacer? Aquí están algunas pistas.

¿Sería posible que ya estuviéramos- literalmente - viviendo en los últimos tiempos? Es interesante, me parece, que el Profesor Stephen Hawking³, poco antes de morir, le daba a la humanidad unos cien años para encontrar el planeta B, antes de que nuestro planeta ya no fuera habitable. En 1991, Edwin Keel comentaba sobre la paradoja de que "nuestra época es la primera en la que un final inminente de la historia humana no es ya una metáfora, es ahora una posibilidad concreta y demostrable" ("La Obra de María al final de los tiempos" FN, 1, 4 (1991) 427-444, p. 431). Hoy en día, de hecho, los escenarios apocalípticos abundan, según los cuales la historia humana terminará "con una explosión" o "con un suspiro". Tanto para la especie humana como para cada uno de nosotros, "no sabemos ni el día ni la hora", pero haríamos bien en estar siempre preparados.

En cualquier caso, cualquiera que sea el destino de nuestro planeta y de sus habitantes, estamos viviendo, como el Papa Francisco nos ha recordado, no sólo en una época de cambio, - todas las épocas de la historia humana lo han sido- sino en un cambio de época, es decir, estamos viviendo el fin de un mundo, acompañado por muchos cataclismos y perturbaciones. El mundo y la Iglesia necesitan hoy, como nunca, a María como una Madre que brinde cariño y apoyo. Este no es el momento de decidir unilateralmente que nuestra misión ya está cumplida. En el contexto del utopismo del P Colín, vimos que el ideal del cor unum et anima una - un solo corazón y una sola alma-fue, para el autor del libro de los Hechos, una realidad de la Iglesia primitiva. Para el pensador utópico que era Juan Claudio Colín, expresaba una visión de lo que debería ser la Iglesia. Esto lo precisó en el Summarium de 1833, donde esperaba una consumación, cuando, "al final de los tiempos como al principio, todos los fieles con la ayuda de Dios tendrían un solo corazón y uno sola alma". El "objetivo principal de la Sociedad" fue precisamente "contribuir de la mejor manera posible" a lograr esto mediante la reunión de "todos los miembros de Cristo". Así que tenemos una tarea, en María, que no se completará hasta que "todos los miembros de Cristo" - de hecho, todos los hijos e hijas de nuestro Padre común - se hayan congregado en la unidad. De ahí se deduce que los Maristas nunca estarán desempleados. También se deduce que todo lo que hacemos en cuanto a misión o ministerio es, o debería ser, parte de llevar a cabo esta tarea.

Pero hay más. Para Colín, lo sabemos, la Sociedad no tiene "otro modelo que el de la Iglesia Primitiva" (HF, 42:3). No sólo eso, sino que debemos tener "un solo corazón y una sola alma"; pues

"La Sociedad de María debe reproducir los primeros tiempos de la Iglesia" (HF, 115:5). En otras palabras, la vida en nuestras comunidades maristas está destinada a prefigurar la nueva Iglesia del final de los tiempos. Al tener "un solo corazón y una sola alma", deberá a la vez reflejar el principio en Hechos y anticipar el final de los tiempos.

La escatología de Colín implica vivir el presente de la misma manera en que viviremos al final de los tiempos, según los únicos valores que serán relevantes entonces. Como San Pablo lo escribe en 1 Cor 7:29-31: "Los que tienen esposa deben vivir como si no la tuvieran y los que compran algo, como si no lo poseyeran... porque este mundo, en su forma actual, está por desaparecer."

Por lo tanto, podemos vivir nuestra pobreza y nuestra castidad conscientemente, como anticipaciones del mundo por venir, ya que, en ese mundo, no habrá más compras o ventas, y "no se casarán ni serán dados en casamiento" (ver Lucas 20:35). El ser modelo, anticipar el mundo venidero dará a nuestra vida en comunidad de todos los días un enfoque y un estímulo.

¿Podemos ahora, en este extremo de las fortunas de la Sociedad, reavivar "la fe de nuestros padres y madres" y abrazar la visión coliniana de María y su Obra? Esto es de hecho lo que el Capítulo General de 2017 nos pide en los números 1 a 8 de sus Declaraciones y Decisiones, sobre "La misión de la Sociedad de María Hoy."

De lo contrario, si no adoptamos esta visión, si pensamos que no es realista, tal vez debamos admitir que de hecho somos simplemente una congregación más fundada en el siglo XIX para hacer obras necesarias, que lo hemos hecho más o menos bien y que, tal vez, nuestro tiempo se ha terminado.

6. El P. Colin como Guía Espiritual 1

¿Es Juan Claudio Colín un guía espiritual?

La pregunta es buena. No todos los fundadores o fundadoras dieron a sus seguidores una doctrina espiritual distintiva. Muchas nuevas fundaciones se colocan directamente dentro de una tradición espiritual existente, benedictina, carmelita, dominica, franciscana, jesuita u otra. En algunos casos, el fundador simplemente asume lo que podríamos llamar la espiritualidad actual, sin tratar de añadir nada más, excepto quizás un énfasis o una práctica devocional particular.

Es también necesario plantearse esta pregunta porque, en una encuesta entre los Maristas, realizada en asociación con el Cuarto Coloquio Internacional de Historia y Espiritualidad Marista, publicada en 1999 en *Forum Novum*, pocos parecen haber visto al P. Colín como un "maestro espiritual", a pesar de que muchos de los participantes afirmaron que algunos elementos de su enseñanza espiritual eran enormemente significativos (Kevin Duffy y otros, "la enseñanza espiritual del padre Colín: un estudio de actitudes en la Sociedad de María", *FN*, 4,3, 1999: 313-325). Esto podría al menos sugerir que los Maristas no piensan que su fundador haya legado una espiritualidad propia a la Sociedad. En cambio, tienden a mirar a San Ignacio, a San Francisco de Sales, a San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Lisieux como sus guías principales en la vida espiritual.

Puede haber más de una razón para esto, pero se me ocurre una al menos. Podríamos estar de acuerdo que el P. Colin nos ha dejado algunas inspiraciones espirituales importantes y distintivas. También podemos encontrar, gracias a *Habla un Fundador* y a *Un Fundador Actúa*, numerosos textos donde el P. Mayet ha anotado algunos elementos de enseñanza espiritual impartida por Colín, ya sea en el curso de alguna conversación, o en intercambios improvisados en el refectorio en Belley o Puylata, o en discursos preparados para los capítulos generales. Pero el fundador no dejó un conjunto sistemático de enseñanza espiritual. El libro que algunos de nosotros estudiamos en el noviciado o escolasticado titulado *La Doctrina Espiritual del Venerable Padre Juan Claudio Colín* es una compilación, basada en la síntesis, hecha por el P. Jeantin, de su libro en varios volúmenes sobre la vida del Fundador. Lo he visto de nuevo recientemente, y me preguntaba si no sería oportuno escribir una versión revisada. Pero no estoy tan seguro.

De cualquier forma, esto llevó mis pensamientos por otro camino, hasta escribir esta y las dos conferencias siguientes. En ellas, trato de armar, no una nueva síntesis de los consejos espirituales de Colín o sus acciones que implican una espiritualidad, sino una guía para la vida espiritual, usando sus propias palabras y también a los autores que formaron su vida espiritual. Todo esto se basa en mi convicción de que el P. Colín nos ofrece una enseñanza espiritual profunda y práctica.

Para Empezar

Quiero empezar por esbozar la enseñanza de Colín sobre lo que podríamos llamar "la formación básica" en las virtudes cristianas y los fundamentos de la vida religiosa. Insisto en que lo que sigue no pretende ser una reglamentación de la formación marista actual, como tampoco lo sería en el caso de otros guías espirituales. Pero si le hubiéramos preguntado a Juan Claudio Colín qué es lo que recomendaría como fundamento inicial para comenzar una vida cristiana y religiosa seria, él habría respondido sin vacilar: *La Práctica de la Perfección Cristiana*, por Alonso Rodríguez, un jesuita español, que vivió de 1538 a 1616. Colín apreciaba tanto este libro que podría decir sus novicios-escolásticos en Belley en 1844: "Al terminar la teología, habrá que conocer más o menos de memoria a Rodríguez" (cf. *Hf*, 79:7). Allí encontró una disciplina ascética tomada de la gran

tradición, comenzando con los Padres del Desierto. Allí encontró también, de hecho, por primera vez, al parecer, un tratamiento sistemático del estado religioso y de los votos. Este escritor tuvo una importancia central para la pedagogía que nuestro fundador prescribía para los Maristas. Los novicios en la Sociedad estudiaron a Rodríguez por lo menos hasta la década de los sesenta del siglo pasado. Después de eso, se sustituyeron otros cursos de "formación básica".

Si el P. Colín pudiera hablar con nosotros hoy, ¿acaso nos pediría volver a integrar a Rodríguez en la formación del noviciado Marista? Tal vez no, y, en cualquier caso, no intento proponer aquí dicha idea. Pero creo que él diría que los candidatos a la vida religiosa en la Sociedad de María necesitan una formación sólida y sistemática en las virtudes básicas y en los principios de la vida religiosa.

En cuanto a la formación básica en la oración, Colín tenía lista su respuesta. Como les dijo a los jóvenes sacerdotes estudiantes en 1848: "Quiero que sepan de modo imperturbable el método de meditación de San Ignacio con cada uno de sus actos. Y quiero personalmente vérselo recitar a cada cual. En todos nuestros noviciados y en todas nuestras casas, ése es el método que se debe enseñar. Conviene que sea el mismo en todos los sitios. Eso estará en la Regla." Agregó: "prefiero el método de meditación de San Ignacio porque es el más adecuado para nuestra comprensión. Creo que Dios mismo se lo reveló" (HF, 165:2-3). Incluso tenía una edición recomendada de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, editada por Jean Joseph Petitdidier (1664-1756): quería que todos los Maristas tuviesen una copia y la usasen como manual de meditación (cf. HF, 9:5). Véase el artículo entero en HF, g (c. 15-16 de septiembre de 1838).

De hecho, los Ejercicios ignacianos parecen haber conformado la estructura y el contenido generales de los retiros anuales en tiempos de Colín y después. Cuando el Fundador confió a Claudio Dussurgey el retiro en 1841, le dio instrucciones claras. Habría tres meditaciones diarias, que deberían ser "breves, claras y precisas". El predicador podría seguir los ejercicios de San Ignacio, tal y como eran presentados por Petitdidier y otros autores jesuitas clásicos (Juan Claudio Colin: un Fundador Reacio, p. 548).

Una vez más compruebo que, al menos en algunas partes de la Sociedad de María, en Nueva Zelanda por ejemplo, el año de noviciado estaba puntuado por cuatro retiros de una semana de duración basados en los Ejercicios ignacianos en una adaptación hecha por el P Grimal. Hoy en día, pienso, los jóvenes Maristas - y muchos otros de mayor edad- habrán hecho los Ejercicios completos en su formato original.

Al parecer Juan Claudio Colin conoció a Rodríguez durante sus años en Cerdon. Desconozco cuando descubrió Colín los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. En cualquier caso, al parecer la Práctico de lo Perfección Cristiano y los Ejercicios ignacianos no formaban parte - al menos directamente-, de su formación en el seminario. Sin embargo, desde el seminario menor, Colín, junto con sus compañeros seminaristas, hacía una meditación diaria con "puntos" leídos por uno de los profesores. Estos habrían utilizado libros comunes de "meditaciones", cuya estructura general y contenido se habrían basado, al menos libremente, en las meditaciones de los Ejercicios ignacianos.

Como sabemos ahora, por supuesto, San Ignacio de hecho no escribió sus Ejercicios para servir de "manual de meditaciones", y no es la manera en que los Jesuitas y directores entrenados por los jesuitas los dan hoy. Pero el P Colín seguía la práctica habitual, establecida muy al inicio en la misma Compañía de Jesús, de utilizar a San Ignacio como una guía -o más bien, como la guía - para la oración mental.

¿Debemos entonces simplemente clasificar a Colín como un discípulo de San Ignacio, con indudablemente algunas variantes marianas aquí y allá? Pues bien, como veremos, el fundador

estuvo también influenciado de manera importante por otras tradiciones espirituales, así que estaba lejos de ser simplemente "ignaciano". Ni era su "Ignacianismo" químicamente puro. La piedra angular de una espiritualidad propiamente ignaciana, si no me equivoco, no es en realidad una forma de meditación, sino el Examen Particular de Conciencia, que es la piedra angular de los Ejercicios y de cualquier espiritualidad propiamente ignaciana. ¿Qué pensaba el P Colín del Examen Particular? Por un lado, quería que los Maristas le fueran fieles en cuanto ejercicio diario (HF, 182:3.22.25); por el contrario, para él, representaba "un cuarto de hora de oración, de unión con Dios, para recobrar el aliento al mediar la jornada" (FS, 39:38). Así que no era para Colín lo que era para San Ignacio, el momento cuando revisamos en detalle los avances logrados para superar una tendencia o hábito pecaminoso, o para adquirir una virtud, anotando cada victoria y cada caída.

Por otro lado, el P Colín recomienda la práctica de lo que hoy se denomina "examen de conciencia" o algo similar. Es la práctica de vigilar los movimientos del corazón (en el sentido de lo interior), observando lo que sucede dentro de nosotros mismos, con el fin de discernir lo que proviene del Espíritu de Dios y lo que proviene de otro espíritu. Así estaremos en contacto con nosotros mismos y con lo que sucede en nosotros, no por preocupación por uno mismo, sino precisamente para discernir las mociones de los diferentes espíritus. El P Colín recomienda esta práctica en el nº 37 de las Constituciones de 1872: "... cada uno deberá examinar asiduamente los movimientos interiores de su corazón para dirigirlos correctamente." El discernimiento de espíritus, con el fin de llegar a una elección o decisión, es una característica importante de los Ejercicios ignacianos. Pero en verdad pertenece a una tradición de enseñanza espiritual muy antigua, anterior a San Ignacio por varios siglos.

Quizás se pregunten por qué me intereso tanto en la enseñanza del P Colín sobre la "formación básica" en la vida cristiana y religiosa - aparte de su interés histórico. Me doy cuenta que estoy hablando con personas que "empezaron" hace muchos años. Bueno, hay dos razones. La primera es que puede ser engañoso pensar que la vida espiritual consiste de etapas claras y que cada vez que superamos una, podemos avanzar a la siguiente, como un cohete lanzado al espacio. Es muy posible que, en el curso de nuestras vidas, tengamos que empezar de nuevo, quizá más de una vez.

Otra razón es que, en el camino espiritual, como en otros, es bueno "regresar a lo básico" de vez en cuando, como por ejemplo en un retiro. Podríamos simplemente comprobar, por ejemplo, si estamos conscientes de lo que ocurre dentro de nosotros, qué espíritus se están moviendo allí. ¿Quizás estamos viviendo lo que Sócrates hubiera llamado una "vida no examinada"? El ajetreo y el ruido (de todo tipo) nos impiden vigilar los "movimientos íntimos del corazón". Escuchen la sabiduría antigua de Diadoco de Fótiçe (siglo v):

Los luchadores deben mantener sus mentes siempre imperturbables, incluso en medio de nuestras luchas, para que podamos discernir los pensamientos y reflexiones que le atraviesan; y los buenos que Dios envía, colocarlos en los depósitos de la memoria; en cambio los malos y demoníacos rechazarlos. En efecto, cuando el mar está sereno, los pescadores ven qué se mueve hasta las profundidades y casi no se les escapa nada de los movimientos de los peces. Pero cuando es agitado por los vientos, esconde en la oscuridad de la agitación las cosas que se dejan ver cuando está sereno y entonces el arte de los pescadores vemos que es impotente e ineficaz.

Otro aspecto igualmente básico que podríamos analizar es nuestra práctica de la meditación, contemplación, o como queramos llamarla. ¿Qué importancia tiene para nosotros? ¿La cumplimos fielmente a diario? ¿Cuánto tiempo le dedicamos? ¿Podríamos dejarnos cuestionar por la "recomendación" del Capítulo General de 2017 que pide a los Maristas "dedicar una hora a

la oración privada cada día" (n. 32)? Para eliminar cualquier malentendido, por cierto, esta recomendación no contradice la letra o el espíritu del nº 120 de las Constituciones de 1987, que establece que cada Marista debe pasar al menos media hora cada día en "oración privada". Hace unos años propuse restaurar la hora completa como norma recomendada para la oración mental ya que tendría un efecto muy beneficioso sobre el "tono espiritual" de toda la Sociedad. Espero grandes cosas de esta recomendación del último Capítulo.

Sigamos adelante y veamos la formación espiritual que Juan Claudio Colín parece haber recibido. La tradición jesuita también estuvo presente en los seminarios donde estudió, bajo la forma de los grandes modelos de la evangelización, como San Francisco Xavier y también de la re-evangelización, como San Juan Francisco Regis.

La otra corriente espiritual que Colín encontró en los seminarios fue la de Compañía de Sacerdotes de San Sulpicio, que había formado directa o indirectamente a los sacerdotes que dirigían los seminarios menores y mayores de Francia. Con los Sulpicianos, estamos en contacto con la así-llamada "Escuela Francesa" (*École française*) de espiritualidad, que se remonta a Pierre de Bérulle, cuya influencia fue omnipresente en los círculos espirituales de la Francia de los siglos XVII y XVIII y alcanzó a todas las esferas. La espiritualidad beruliana es cristocéntrica (Jesús es el sol en el centro del universo espiritual) y finalmente teocéntrica. Todo apunta a Dios. Su principio dinámico es una unión profunda con Cristo - el "adorar perfecto" - que nos transforma a su semejanza. Colín parece haber conocido también el "método sulpiciano" de la meditación, cuya idea clave es meditar en un "misterio" de la vida de Jesús - o de María - y unirse uno mismo con su actitud interior al "misterio" con el fin de adquirir la gracia particular que contiene, por ejemplo, la humildad y obediencia como gracia en el corazón del Misterio de la Anunciación.

No conozco ninguna prueba de que Colín haya leído a Bérulle. Él, sin embargo, conocía muy bien la obra de uno de sus discípulos. Cuando estaba en el seminario menor de Alix, sus hermanas Claudine y Jeanne-Marie le dieron dos libros de Henri-Marie Boudon (1624 -1702), sacerdote y archidiácono de la diócesis de Évreux en Normandía, un prolífico escritor de la Escuela Francesa, que ya hemos conocido. Uno de estos libros tenía por título, *Dieu Seul* (Dios Sólo-distinto del libro con el mismo título que defiende la "Santa Esclavitud a María") y durante diez años fue compañero inseparable de Juan Claudio. El título de este libro es una expresión perfecta del teocentrismo beruliano, que se repite como un estribillo o lema a lo largo de las obras de Boudon. Creo que el *Dieu Seul* de Boudon influenció grandemente al joven Colín e inspiró sus primeras ideas de una Congregación Mariana que combinara la vida contemplativa y la vida apostólica (Juan Claudio Colín: *Un Fundador Reactivo*, pp. 47-51).

En la vida espiritual, como en otros campos, la teoría debe ser complementada por la instrucción práctica. Durante la estadía de Juan Claudio en Saint Jodard, uno de sus profesores le dio un compendio de extractos de cartas de San Francisco de Sales sobre la dirección espiritual, publicado en París en 1685 con el título *El Director Espiritual de las Almas Devotas y Religiosas*. Estos pasajes del sabio y práctico Obispo de Ginebra constituyen un vademécum de la vida espiritual, tratando temas como la libertad de espíritu, la oración en tiempos de sequedad, la paz del alma, la generosidad, la sencillez, la renuncia a sí mismo. Colín llevó consigo el libro durante cerca de veinte años y lo había prácticamente casi memorizado.

Por último - pero ciertamente no menos importante - debemos dar la debida atención a la lectura que Colín hacía de la Biblia. Ya en el seminario menor, comenzó a leer la Biblia sistemáticamente y a escribir en un cuaderno los textos que le llamaban la atención o le atraían. Algunos de estos textos probablemente aparecen en las constituciones que escribió, por ejemplo, en el nº 50. En el seminario, los estudiantes más jóvenes debían memorizar la mitad de un capítulo de los Evangelios (en latín) cada semana; los mayores debían memorizar todo un capítulo. Años

más tarde, el P Colín daba por descontado que el "Novum", como él llamaba al Nuevo Testamento en latín, era el compañero constante de todo sacerdote. La lectura sistemática de la Biblia fue parte de su rutina diaria el resto de su vida, incluso cuando se quedó ciego y durante su última enfermedad. Cuando el Hno. Jean Marie Chognard, su fiel cuidador, comenzó a leerle en voz alta el libro de Job, Colín predijo que no viviría lo suficiente como para terminarlo.

En el curso de una larga vida, Colín debe haber leído toda la Biblia muchas veces y haberla conocido muy bien. Él gustaba citar las escrituras o referirse a ellas - sin duda de memoria - cuando hablaba y escribía, incluso cuando no trataba directamente con un pasaje bíblico, como en un sermón. En el texto de sus letras, en sus observaciones orales y conversaciones registradas o resumidas, es posible identificar citas o alusiones reconocibles a todos los libros del Nuevo Testamento, excepto a las cartas de San Judas y Segunda y Tercera de San Juan. Las citas o alusiones del Antiguo Testamento vienen de Génesis, Éxodo, Números y Deuteronomio - al parecer no de Levítico, después vienen de Josué, Jueces (no de Ruth), Samuel, Reyes, Segundo Crónicas, Nehemías, Judith, Esther. Colín cita o se refiere a todos los Libros Sapienciales - masivamente, por supuesto, los Salmos - y a los Profetas, Isaías, Jeremías, Daniel, Joel y Jonás. Todo esto pone de manifiesto una rica cultura bíblica. A medida que progresaba su formación, Juan Claudio se familiarizó también con los comentarios bíblicos comunes de aquél entonces, que estudiaba y recomendaba a los demás.

Podríamos preguntarnos sobre nuestra propia práctica de la lectura de la Biblia, no sólo las lecturas de Misa para preparar una homilía, sino como un ejercicio regular y sistemático para conocer la Palabra de Dios, como parte de nuestra "formación básica" en la vida espiritual.

El joven Colín asentó así las bases de una cultura espiritual que fue ecléctica, pero también, en último análisis, coherente. Diversas líneas - las Sagradas Escrituras, San Ignacio, Pierre de Bérulle, San Francisco de Sales y otros más- están entretreídas. Esta cultura fue la fuente de la enseñanza espiritual que iba a impartir a los Maristas, en sus cartas, conversaciones y dirección personal, así como en sus Constituciones.

7. El P. Colin como Guía Espiritual 2

La Iluminación puede llegar en un solo instante, como al encender una lámpara en una habitación oscura. Más generalmente, es un proceso largo, como la llegada del amanecer. Ya sea un momento o un movimiento, la Iluminación regularmente se dispara cuando se llega a un estancamiento en la vida de oración o apostólica o tal vez en la vida personal. Este estancamiento puede también tomar la forma de una crisis repentina, o bien su aparición puede ser gradual.

En los autores clásicos, el estancamiento se manifiesta típicamente en la oración. Esto puede ser porque la mayoría de estos autores clásicos escriben para religiosos que llevan una vida contemplativa- en el sentido de vida monástica, o algo semejante. La oración meditativa desempeñaba un papel muy importante en la vida de los religiosos a quienes se dirigían, los cuales probablemente tenían muy pocas ocupaciones o compromisos fuera de los muros del monasterio (aunque adentro, por supuesto, la vida podía estar muy ocupada). Estos religiosos habían generalmente aprendido un método de meditación, usando la imaginación y los afectos, la razón y la voluntad. ¿Esto implica una influencia jesuita directa? No necesariamente, pues la meditación metódica fue una característica de la Devotio Moderna de fines del período medieval y sirvió de instrumento principal en la reforma de la vida monástica de esa época y también más adelante. Se usaban varios métodos, todos bastante parecidos; se podría decir que los Ejercicios de San Ignacio representan la forma más exitosa de este estilo de oración, por ser la más desarrollada y enfocada. En todo caso, quienes se iniciaban a la meditación metódica generalmente experimentaban una gran satisfacción espiritual una vez que iniciaban su camino: su imaginación se des envolvía felizmente, sus emociones participaban fácilmente, podían razonar su camino hasta una conclusión y formular una resolución. Pero después de algún tiempo, se encontraban ante un estancamiento: ya nada funcionaba para ellos, ni la imaginación, ni los sentimientos, ni la capacidad de razonar o de tomar resoluciones. No había ya más satisfacción en la oración, todo era seco e insípido, con la ansiedad profunda nacida del sentimiento que, de alguna manera, lo habían arruinado todo. Naturalmente, se vieron tentados a renunciar, y sin duda muchos lo hicieron. Sus directores y confesores podían simplemente exhortarlos a esforzarse más, pero eso no servía de nada.

San Juan de la Cruz conocía bien el problema. Él estaba consciente de que el estancamiento podría deberse, en algunos casos particulares, a una dejadez general en el compromiso personal con la vida religiosa. Pero sabía también que el estancamiento podría tener otra causa, a saber, el inicio de la oración contemplativa, al principio de una forma muy sencilla y casi imperceptible. Él nos propone unas señales - una especie de lista de verificación - para ver si podría ser ese el caso. La primera señal, como acabamos de ver, es que una persona no puede orar como antes. La segunda es que tal persona no tiene ningún deseo de fijar su atención en otras cosas durante los momentos de oración - esto sirve para descartar la posibilidad de que la incapacidad para orar venga de la dejadez. La tercera señal es para comprobar que la dificultad no se deba a la depresión o alguna otra condición psicológica. La última señal decisiva es la experiencia de una tranquilidad interior y la inclinación a permanecer inmóvil en presencia de Dios. Este es el comienzo de la conciencia amorosa de Dios, que es la contemplación. San Juan aconseja a la persona permanecer tranquilamente en esa "noche", que es oscura, pero también luminosa. Santa Teresa nos pide mantener nuestra mirada fija en Dios. Otros autores espirituales hablan de una "mirada amorosa" hacia Dios. Por supuesto, en el caso de una persona cuya oración toma una forma mucho más simple desde el principio, puede no haber crisis, sino sólo un deseo profundo de "estarse quieto" delante de Dios.

El P Colín conocía bien a San Juan de la Cruz: Teresa de Ávila y él son dos de los escritores espirituales que Colín, según le dijo a Mayet, había leído en tiempos anteriores, y hay claras alusiones a su enseñanza en sus charlas. No recuerdo ningún momento en que el fundador retome en detalle las enseñanzas de San Juan sobre los principios de la oración contemplativa. Por otra parte, él hizo una observación muy interesante e indicativa a los mismos escolásticos maristas ante los cuales había elogiado con tanto entusiasmo el "método de oración mental" de San Ignacio. Agregó con una sonrisa: Si, con el tiempo, quiere Dios librarles de esas reglas, lo dejaremos entre sus manos. El los guiará mucho mejor que los hombres. Importa, sin embargo, estar bien seguros de que es Dios el que los inspira; que eso ya lo dejará entender Él de otras maneras" (HF, 165:4).

Para referirse al inicio de la oración contemplativa, el P Colín utiliza la analogía de otro sentido, el del gusto: "Hay que aprender también a gustar de Dios- sí, repito, a gustar de Dios - Gustar de Dios significa sentirse con el alma lacerada" (HF, 65:3). La expresión, por supuesto, se encuentra ya en la Biblia, en el Salmo 34, 8: "Gustad y ved cuán bueno es El Señor" y fue utilizada por autores clásicos. Gustar de Dios - no simplemente a adquirir un gusto de la oración, o por las cosas de Dios-, sino "gustar de Dios". Y ahí está el punto: Solamente Dios puede dar el gusto de Sí mismo, y no únicamente nuestros propios esfuerzos por rezar y meditar. El fundador vuelve varias veces a esta expresión, que, podría decirse, es característica de su enseñanza sobre la oración y sin duda de su propia experiencia. Es de destacar que, en estos pasajes de las Memorias de Mayet, que fueron reunidos en Hablo un Fundador, el P Colín está hablando a los novicios y escolásticos. Al parecer él pensaba que el inicio de la oración contemplativa no es necesariamente algo que deba posponerse muchos años, sino que puede darse a los inicios de el camino espiritual.

Las crisis y los estancamientos también pueden experimentarse en la vida personal y el apostolado: al parecer las cosas ya no funcionan más como antes. Allí también, el estancamiento puede deberse a una dejadez o falla propia; también puede ser, aunque no necesariamente, un síntoma de depresión o agotamiento. Una vez más, el estancamiento no toma necesariamente la forma de una crisis repentina, sino que puede ser un debilitamiento gradual, por decirlo así, del motor. En el caso de un sacerdote o religioso(a) - o laico(a) -serio y fiel, el estancamiento puede ser signo de un cambio inminente comparable al del inicio de la oración contemplativa.

En este punto, pasamos a otro escritor espiritual importante que influyó en Juan Claudio Colín, a saber, el jesuita Louis Lallemant. Nació en 1588, y murió en 1635, por lo tanto, fue contemporáneo de San Francisco de Sales, de Pierre de Bérulle y de San Vicente de Paul, en el período más floreciente de la espiritualidad francesa. Fue maestro de novicios y de probación terciaria de muchos jesuitas del noroeste de Francia, de los cuales un buen número pasó a América del norte, incluyendo a varios futuros mártires canonizados. Durante mucho tiempo se pensó que su Enseñanza Espiritual, publicada únicamente mucho tiempo después de su muerte, se basaba en notas tomadas por sus novicios y terciarios; recientemente se ha establecido que su libro es de su propia mano.

En dos palabras, Lallemant enseña que quien se entrega totalmente a Dios será verdaderamente guiado por el Espíritu Santo, no sólo en su vida interior, sino también en el apostolado. En esta enseñanza está implícita la necesidad de lo que Lallemant llama " la segunda conversión". Este es el momento cuando uno renuncia a sí mismo y permite estar unido a Dios y responder así totalmente a las mociones del Espíritu Santo. El resultado no será sólo un gran crecimiento en la santidad; la persona se convertirá también en un instrumento perfecto en las manos de Dios para el apostolado. De hecho, es solamente así que será realmente capaz de entrar de lleno en la vida apostólica, a la que hasta entonces uno sólo ha sido, por decirlo así, un aprendiz. Mientras tanto, la ocupación principal debe ser purificar el corazón.

Pero escuchemos al mismo Lallemand:

Luchamos contra Dios por años enteros y resistimos los movimientos de su gracia, que nos insta interiormente a deshacernos de una parte de nuestras miserias, a renunciar a las cosas con las que nos engañamos a nosotros mismos y que nos detienen en nuestro camino, y entregándonos a Él sin reservas y sin demora. Pero abrumados por nuestro amor propio, cegados por nuestra ignorancia, disuadidos por vanos temores, no nos atrevemos a cruzar el umbral; y por temor a ser miserables, seguimos en nuestra miseria, en vez de darnos completamente a Dios, quien desea poseernos únicamente para librarnos de nuestras miserias. Debemos renunciar, entonces, de una vez por todas, a todos nuestros propios intereses y a todas nuestras satisfacciones, a nuestros propios designios y a nuestras propias decisiones, para que de ahora en adelante podamos depender sólo de la buena voluntad de Dios y entregarnos completamente en sus manos.

Juan Claudio Colín no utiliza el lenguaje de la "segunda conversión". Por otro lado, podía decir cosas como: "Lo único que sé es que, si lo quisiéramos, nos haríamos santos" (HF, 27:2); "Al comenzar la carrera apostólica, - se dirigía a los novicios escolásticos en Belley - deberían ser ustedes santos; y para serlo entonces, hay que empezar a serlo ya desde ahora." (HF, 791); "Los santos únicamente podrán hacer el bien, aquí como allá (en Oceanía, pero también en Francia), los santos, es decir, los misioneros que lleven una vida sacrificada, una vida de muerte. Sólo que hay que morir del todo, pues si se muere únicamente a medias, no se logrará nada y uno se verá perturbado, arrastrado de aquí para allá, sin producir fruto alguno." (HF, 160:4). Lallemand podría haber dicho esto.

Junto a su llamado a una "segunda conversión", Lallemand también hace su crítica de la acción. Por "acción", Lallemand se refiere aquí a las diversas actividades apostólicas realizadas por los Jesuitas: dirige a estas actividades una despiadada crítica que expone muchos engaños - pues la vida activa también tiene sus engaños. Lo que sorprende o incluso escandaliza al lector es que Lallemand no se detiene en las desviaciones, la autopromoción, la dominación o la avaricia - o excesos como la hiperactividad, que fácilmente podemos reconocer y criticar. Su crítica de la acción es radical y universal: la acción como tal, afirma, nunca es el mayor bien. Casi siempre es peligrosa y a menudo es un mal; a la acción siempre hay que preferir la contemplación y los ejercicios de la vida interior. Primero debemos tener en nuestro interior una "muy perfecta vida, por la aplicación continua de la comprensión y la voluntad de Dios"; después podremos ir a servir a nuestro prójimo, no sólo sin daño a nuestra vida interior, sino con el mayor beneficio a los demás. Esto suena como algo extremo. ¿Qué puede significar?

Recordemos que Lallemand no les está hablando a Trapenses, sino a jesuitas, ni tampoco a adolescentes principiantes, sino a hombres adultos, que han terminado sus estudios en humanidades, filosofía y teología, que ya han tenido algunos años de experiencia en el ministerio y dentro de poco regresarán al apostolado y asumirán responsabilidades de liderazgo en la Sociedad. Conocen todos los trucos de la retórica. Él no puede engañarlos fácilmente; al mismo tiempo, él puede estar seguro de que no habrá malentendidos: él no les está aconsejando retirarse de la actividad apostólica para dedicarse el resto de su vida exclusivamente a la contemplación. Su enseñanza es muy clara: cuando - pero sólo cuando - hayan "cruzado el umbral" y se hayan entregado a Dios, podrán llevar a cabo las obras de apostolado, no sólo sin peligro para sí mismos, sino también con el mayor beneficio de aquellos a quienes ellos van a servir. En otras palabras, sólo el religioso que ha experimentado la segunda conversión y está verdaderamente unido a Dios puede ser un apóstol plenamente eficaz. Para llegar a este punto, la oración y la contemplación juegan un papel crucial al unirnos a Dios.

Esto es lo que tiene que decir:

Es a Dios a quien debemos mirar para tener éxito en nuestros trabajos. Somos sus instrumentos, y trabajamos bajo Su dirección como bajo un maestro arquitecto, que, dirigiendo individualmente el diseño del conjunto, asigna a cada uno su tarea, según el fin que se propone y la idea que ha concebido. Así produciremos más fruto cuanto más unidos estemos a Dios, y cuanto más nos entreguemos nosotros mismos a su dirección, siempre suponiendo que contamos con el talento y las capacidades requeridas para el servicio activo de nuestro vecino. Ahora bien, la oración nos une a Dios. Es por este santo ejercicio que nos disponemos nosotros mismos para recibir la impresión y el movimiento de la gracia, como instrumentos para cumplir sus designios.

La contemplación, lejos de oponerse a la vida apostólica, le es necesaria. La contemplación, lejos de obstaculizar el celo por las almas, por el contrario, lo aumenta... Sin contemplación nunca avanzaremos mucho en la virtud y nunca estaremos preparados para ayudar a otros a avanzar en ella. Nunca podremos librarnos completamente de nuestras debilidades e imperfecciones. Permaneceremos siempre enlazados a la tierra y nunca nos levantaremos mucho por encima de los sentimientos naturales. Nunca seremos capaces de rendir a Dios un servicio perfecto. Pero con (la contemplación) lograremos más, tanto para nosotros mismos como para los demás, en un mes, que lo que podremos lograr sin ella en diez años... Si no hemos recibido este excelente don, es peligroso lanzarnos demasiado [itálicas más] en ocupaciones activas de la caridad hacia el prójimo. Deberíamos participar en ellas sólo experimentalmente, a menos que nos lo mande la obediencia, de lo contrario debemos ocuparnos nosotros mismos sino en pocos empleos externos, ya que en esos casos la mente tiene bastante que hacer en la adquisición del autoconocimiento, en purificar continuamente los actos y sentimientos naturales del corazón y en la regulación del interior, para que podamos caminar siempre en presencia de Dios.

Lallemant expresa lo esencial de su enseñanza en el siguiente principio: "Debemos de tal manera unir la acción y la vida exterior con la contemplación y la vida interior, que nos entreguemos lo anterior en la misma proporción que practicamos lo segundo". En consecuencia, "Si hacemos mucha oración mental, debemos entregarnos mucho a la acción". Notemos que, después de la segunda conversión, las actividades apostólicas ya no son un obstáculo a la unión con Dios, al contrario, son un medio importante para crecer en esa unión: "la acción exterior nos ayudará en la vida interior". Se trata de una espiritualidad verdaderamente apostólica.

Juan Claudio Colín es igual de despiadado y paradójico que Lallemant en su crítica de la acción. ¿Qué podemos pensar de declaraciones como ésta?: "Estaba yo pidiendo una vez a Dios qué es lo que debía hacer la Sociedad de María y sentí cómo se me quedaba profundamente grabada en el alma esta palabra: Nada- sí, nada. Si así no fuera, parecería que la Sociedad puede hacer algo por sí misma, cuando en realidad nada podemos hacer. Ya adivinan ustedes lo que con eso quiero decir." (HF, 19:2). Como Lallemant, Colín está seguro de que no vamos a pensar que quiere que nos crucemos de brazos y no hagamos literalmente nada; lo afirma sólo para que estemos conscientes de que nuestra actividad por sí misma no tiene ningún efecto profundo o duradero. Tomemos otra cita (HF, 63:2):

Si yo me hallara encargado (de los novicios)... únicamente trataría de unirlos a encaminarlos por el espíritu de oración. En cuanto estén unidos a Dios, lo demás vendría por sí solo. Cuando Dios se establece en un alma, lo hace todo EL solo. Sin eso, todo lo que hagas no sirve absolutamente de nada. Ya puedes molestarte en plantar y en afanarte, falta el principio vital.

El P Colín, como Lallemant, sabe que un instrumento - especialmente un instrumento de la Misericordia Divina - sólo es eficaz cuando es usado correctamente y está a la disposición de quien

lo usa: "¿Qué puede un instrumento por sí solo? Dejémonos, pues, manejar por las manos de Dios, como un instrumento por las manos del operario. Mientras cuentes únicamente con tus propias fuerzas, no esperes nada." (HF, 140:11). Podría haber añadido: una vez que confías en Dios, puedes esperararlo todo.

Colín habría convenido con Lallemant que, en palabras ya citadas: "Debemos de tal manera unir la acción y la vida exterior con la contemplación y la vida interior, que nos entreguemos lo anterior en la misma proporción que practicamos lo segundo". Puede bien haber un eco de esta declaración en las líneas conocidas del nº 50 de las Constituciones de 1872:

Uniendo de tal manera un amor de la soledad y el silencio y la práctica de las virtudes ocultas con las obras de celo, a pesar de que deban emprender los diversos ministerios útiles a la salvación de las almas, aparezcan desconocidos y de hecho incluso ocultos en este mundo [traducción del autor].

Otro autor, esta vez un discípulo de San Felipe Neri, el cual, afirmaba Colín, le hizo mucho bien y trajo gran tranquilidad, era Ciuseppe Ignazio Franchi (1712-1778)., Juan Claudio descubrió su Tratado sobre el Amor del Desprecio de Sí Mismo siendo seminarista en San-Ireneo y sujeto a escrúpulos. Nos relata cómo leyó, releyó y resumió este libro, cargando dicho resumen a todas partes. Franchi cuenta al comienzo de su Tratado que, cuando su padre espiritual, San Felipe Neri, quería conocer el espíritu interior de alguien, le bastaba con ver si era humilde; así que ponía inmediatamente a prueba la humildad de esa persona tratándola con "desprecia". Esa palabra es algo fuerte; los ejemplos dados sugieren que podría ser mejor hablar de indiferencia". Si pasaba la prueba, Felipe juzgaba a partir de esta piedra angular que estaba lleno del Espíritu de Dios. Franchi cita también Lucas 9:23: "[Jesús] dijo a todos: "Si alguno quiere seguirme, que renuncie a sí mismo". Por lo tanto, quería convencer a sus lectores que merecían "despreció"; una vez aceptado este punto, serían capaces de aceptar cualquier desaire y maltrato con tranquilidad. El meollo del libro es un entrenamiento en el "amor del desprecio de sí mismo" - lo cual no significa una auto denigración mórbida, sino la aceptación, sin amargura o resentimiento, que los demás no lo traten a uno con estima.

Franchi explica las consecuencias: uno no merece ser tratado con respeto, elogiado o apreciado; no merece ser amado o tener amigos; ni que los demás le tengan confianza o cuenten con uno; ni ayudado en momentos difíciles; o recompensado con gratitud; ni siquiera ser tratado con justicia. De hecho, él invita a sus lectores a imaginar que están en la peor situación posible, y convencerse de que, estrictamente hablando, no merecen nada mejor. El motivo último de este "amor del desprecio de sí mismo" no es sólo un sentido de ser indigno de la estima ajena. Por el contrario, al ser tratado con desprecio, se encuentra uno mismo en la misma situación que Jesús en su vida y especialmente en su Pasión. ¿Cómo podría un discípulo de Jesús esperar ser mejor tratado que su Maestro?

La formación parece haber funcionado con el joven Colín, ayudándolo a liberarse de cualquier auto-referencia y escrupulosidad y lograr la paz del alma. Fue un momento importante de iluminación.

8. El P. Colin como Guía Espiritual 3

La Meta

Diferentes autores utilizan nombres distintos para designar o describir el método unitivo: Santa Teresa habla de la Quinta y Sexta Mansiones del Castillo Espiritual; San Juan de la Cruz, del matrimonio y esponsales místicos; Pierre de Bérulle habla de la adhesión e identificación con la Palabra Divina. Los diferentes nombres evocan imágenes que corresponden a uno u otro aspecto de la culminación del viaje espiritual.

Louis Lallemant vio esta culminación - el objetivo de todo el recorrido - en términos de la guía del Espíritu Santo. Todo lo demás, la segunda conversión, la crítica de la acción, la vigilancia del corazón, son para preparar a la persona para poder ser perfectamente guiada por el espíritu. Escribe:

La meta a la que debemos aspirar, después de habernos por mucho tiempo ejercitado en la pureza de corazón, está es ser poseídos y gobernados por el Espíritu Santo, de manera que Él solo deberá dirigir todas nuestras energías y todos nuestros sentidos, y ordenar todos nuestros movimientos, interiores y exteriores, mientras que nosotros, por nuestra parte, hacemos una entrega completa de nosotros mismos, por una renuncia espiritual de nuestra propia voluntad y de nuestra propia satisfacción. Así ya no viviremos en nosotros mismos, sino en Cristo Jesús, por una fiel correspondencia con las operaciones de su Divino Espíritu y por un perfecto sometimiento de todas nuestras inclinaciones rebeldes al poder de su Gracia.

La guía del Espíritu es efectivamente el eje central de la espiritualidad de Lallemant; ocupa el lugar que Bérulle le da a la adhesión a la Palabra Encarnada, a la que se asemeja mucho en otros aspectos. Este énfasis es la contribución característica de Lallemant a la teología espiritual, con la que va más lejos que la mayoría de los autores espirituales de la tradición Occidental. Aproximadamente una quinta parte de su Enseñanza Espiritual está dedicada a la acción del Espíritu, a la docilidad a la guía del Espíritu, a la acción de los siete dones tradicionales del Espíritu en el ejercicio fructífero del apostolado, así como en llevar al apóstol a las alturas de la santidad. De hecho, Lallemant atribuye la mediocridad de tantos religiosos a nuestro fracaso en desarrollar los dones del Espíritu en nuestra vida y ministerio diarios. Pone especial énfasis en el papel de los dones de Sabiduría y Entendimiento en darnos una comprensión "real" de las verdades de la fe - en contraposición a uno que es puramente "teórica", para retomar la famosa comparación de Newman: Lallemant mismo hace la famosa comparación entre mirar la pintura de un león y enfrentarse a un león vivo. Los dones de Sabiduría y Entendimiento actúan de lleno en la confesión y la dirección espiritual, y en general en el aconsejar a otros. La Fortaleza nos da la fuerza y el valor que necesitamos para perseverar; la Piedad y el Temor de Dios forman nuestra actitud fundamental hacia Dios y los demás.

Para el P. Colín la meta del viaje espiritual, me parece, es una identificación mística con María. Lo expresa en las palabras bien conocidas de los nn. 1 y 49 de las Constituciones de 1872: "Vivir en cierto modo de su vida... aspirar y respirar su espíritu... pensar como María, juzgar como María y como María sentir y obrar."

Esta manera de decir las cosas implica una espiritualidad mística: Puesto que tenemos el espíritu de María, podemos "inhalar y exhalar", que es la traducción natural del latín spiritum haurire atque spirare - por lo tanto, podemos, debemos, vamos a pensar como María, juzgar como María y como María sentir y obrar." Este es el texto del nº 49 aprobado por el capítulo de 1872,

que fue modificado tras las críticas del examinador romano de las Constituciones, quien pensaba que el texto iba demasiado lejos y recomendó reemplazarlo con: "y esfuércense por imitar a María en el pensamiento, a María en el habla, a María en todas las cosas." En su momento, el P Colín aceptó la enmienda sin discusión, sin duda para no retrasar más la aprobación de las Constituciones. De hecho, la enmienda sustituye su intuición mística por una espiritualidad de esfuerzo. El texto de las Constituciones de 1872, publicado después del Capítulo General de 1985, restauró la redacción original del n.º 49. Este número complementa el n.º 1 en una lógica perfecta: porque vivimos la vida de María, tenemos el espíritu de María y podemos por lo tanto pensar, juzgar, sentir y actuar como Ella en todas las cosas. Nos hemos, en cierto sentido, convertido en María e identificado con ella.

¿Cómo podemos hacer esto? ¿Cómo hemos de entender ese lenguaje? ¿Qué tenía el P Colín en mente? ¿Quiere acaso sustituir el Verbo Encarnado o el Espíritu Santo por la Virgen María? Creo que podemos ya responder No a esa pregunta. Pero, aun así, ¿qué quiere decir cuando habla de vivir de la vida de María de tal manera que respiramos su espíritu y pensamos, juzgamos, sentimos y actuamos en todas las cosas como Ella?

Creo que una respuesta nos es sugerida por algunos escritos de otro autor que el P Colin había leído, François Guilleré (1615-1684), también un 'Jesuita místico', aunque no era discípulo de Louis Lallemant; él está de hecho mucho más cerca de Pierre de Bérulle. Citaré una de sus obras titulada *Maximes spirituelles*, que Colín tenía en su biblioteca personal conservada en La Neylière:

Esto es la meta del cristianismo, como la de Jesús, que ha sido la de animarnos con su Espíritu y hacer, de eso solo, nuestra vida. Todo lo que hacemos de actos santos por nuestro prójimo o por nosotros mismos... no es... el fin último que Jesús tenía, sino que es vivir su vida divina; sin eso, con todo lo demás, somos cadáveres inanimados, y con eso, sin todo lo demás, estamos de alguna manera divinizados...

Si somos pues verdaderos miembros de Jesús nuestra cabeza, como San Pablo nos asegura... es necesario estar en todo animados únicamente por su Espíritu. Este Espíritu Divino debe de tal manera vivir en nosotros, en las cosas más pequeñas, que anime incluso nuestras palabras, nuestras opiniones, nuestras formas de comportamiento, nuestras actitudes, y que se pueda así decir de nosotros que nos comportamos como Jesús, que hablamos como Jesús, que vemos y actuamos como Jesús; y para que nuestra vida es la misma que la vida de este admirable Salvador.

Los paralelismos del lenguaje y de pensamiento entre Colín y Guilleré son sorprendentes. Realmente parece que lo único que Colín tuvo que hacer es lo que yo llamaría una "transposición Mariana" del lenguaje usado por Guilleré acerca de Jesús, para llegar a las fórmulas tan conocidas de sus Constituciones: Vivir de la vida de María, respirar su espíritu, pensar, juzgar, sentir y actuar como Ella. Una tal transposición Mariana está, por supuesto, ya implícita en el nombre mismo de Sociedad de María.

Pero esto plantea inmediatamente una dificultad. ¿Es legítima tal "transposición Mariana"? ¿Es realmente aceptable pasar de "vivir de la vida de Jesús" a "vivir de la vida de María", "ser animado por el espíritu de Jesús" a respirar el espíritu de María", "comportarse, hablar, ver y actuar como Jesús" a "pensar, juzgar, sentir y actuar como María"? Después de todo, como nos lo recuerda San Pablo (Gal 3:27): "... Todos los bautizados en Cristo han sido revestidos de Cristo." Nuestra identidad cristiana viene primera y fundamentalmente de nuestro bautismo: toda la vida cristiana, incluyendo su desarrollo místico, es un desarrollo de la gracia bautismal. El Bautismo no nos "reviste de María". No recibimos la vida o identidad de María en el bautismo.

Colín nunca se ocupa de este problema, y no sé si Bérulle o Guílloré lo hagan. Podrían haber respondido de la manera siguiente. Si el bautismo establece en nosotros una semejanza con Cristo, por lo tanto, aunque en forma secundaria y derivada, por supuesto - también establece en nosotros una semejanza con María, quien se asemeja más perfectamente a Cristo. En último análisis, el espíritu de María es el espíritu de Jesús, es decir, el espíritu de Dios. Y por ello "respirar el espíritu de María" es también estar "animado por el espíritu de Jesús". De hecho, el P Colín nos dice en pocas palabras que el espíritu de María es el espíritu de Jesús (HF, 176:3; cfr.188:17). En cualquier caso, podemos estar seguros de que no pretende sustituir a Jesús por María. Esto lo sabemos por sus propias palabras. Gracias a Mayet tenemos pasajes donde Colín usa lenguaje similar acerca de Jesús solo, y también de Jesús y María. Todos ellos datan de 1842.

Durante su exhortación al Capítulo General, Colín declaró (HF, 55): Debemos amar todo lo que Cristo amó y aborrecer todo lo que Él aborreció. Esa conformidad con los sentimientos y la vida entera de Cristo deben ser motivo de meditación para toda nuestra vida: *Mihi mundus crucifixus est et ego mundo* ("el mundo está crucificado para mí y yo al mundo"; cfr. Gal 6:14). Está claro que el P Colín está acostumbrado a hablar de una conformidad con los sentimientos y la vida de Jesús similar a la que Guílloré preconizaba y que implica una espiritualidad mística similar: ser cuerpo de Su Cuerpo, alma de Su Alma, amando y aborreciendo todo lo que Él amó y aborreció. En otras palabras, debemos vivir la vida de Jesús, ser animados por su Espíritu, amar como Él ama.

Escuchen ahora otro pasaje dirigido al mismo Capítulo General de 1842; Esto se encuentra en Mayet (1.722) pero no en *Habla un Fundador*.

Estamos obligados, por estado y por deber, a seguir a Jesucristo y a su Divina Madre. Que todos nuestros pensamientos, todos los movimientos de nuestro corazón, todos nuestros pasos ser dignos de nuestros augustos modelos. Vivamos de su vida, pensemos como pensaban, juzguemos de las cosas como ellos las juzgaron; que nuestra unión con ellos por la oración sea tal que nunca podamos perderlos de vista, y que el mundo con su falsa gloria sea lo que fue para el gran apóstol: *mihi mundus crucifixus est, et ego mundo*. Solamente así, honorables hermanos, podremos hacer la obra de Dios, podremos colocarnos en sus manos y convertirnos en los instrumentos de su Divina Misericordia a favor de los demás, y así llevar nosotros mismos a cabo la gran obra de nuestra perfección.

Aquí, más que en cualquier otro lugar, tenemos una síntesis de la espiritualidad apostólica de Colín. No estaría fuera de lugar en los labios de Bérulle o uno de sus discípulos declarados.

A la luz de estos textos, la "transposición Mariana" de Guílloré a las constituciones colinianas parece menos abrupta. Vemos que el P Colín puede decirles a los Maristas, en distintos momentos, que deben vivir la vida de Jesús, vivir la vida de Jesús y de María, o vivir la vida de María. Puede decir que debemos sentir, juzgar, actuar como Jesús, como Jesús y María, o como María. Nada podría ilustrar más vívidamente el principio de Bérulle: "Hablando de ti, María, hablamos de Jesús." No cabe duda de que la espiritualidad de Juan Claudio Colín está centrada y arraigada en Cristo. Dicho de otro modo, su espiritualidad Mariana es cristocéntrica.

Jean Coste lamentó no haber escrito un artículo sobre Jesús en la espiritualidad coliniana: parecía temer que muchos Maristas desearan referirlo todo exclusivamente a María - precisamente el tipo de sustitución de Jesús que provocaba desconfianza en otros Maristas, a veces al punto de evitar hacer referencia a María. De hecho, el fundador les decía con frecuencia a los Maristas que se unieran a Jesús y se revistieran de él, especialmente en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Así al P Eymard (HF, 45:1): "Ha de revestirse usted de nuestro Señor, hacer

todo por El, como si fuera usted cuerpo de su cuerpo, alma de su alma. Continúa diciendo (HF45:2):

Como su vida es una vida de acción, al revestirse usted de Jesucristo, gozará siempre de paz y hasta su alma se hallará constantemente ocupada como en una oración apacible. No puede usted hacer muchos ejercicios de piedad, pero manteniéndose muy unido al Señor, eso mismo vendrá a remplazar todo lo demás. En Él lo verá usted todo: sus niños, sus ocupaciones, su misma persona; es cosa harto importante.

Escuchen otra vez al Fundador alentando a los miembros del Capítulo General de 1842 (HF, 56:4):

Pero cuando uno conoce perfectamente quién es el que llama; cuando uno se percató de que Dios está por doquier con nosotros: Ego ero tecum, ("Yo estaré contigo" Ex. 3, 12 o Dt. 31,23). Entonces, ¿qué es lo que debemos temer? ¿No es acaso la vida más noble y la más digna de envidia aquella que nos hace compartir la misión misma del Verbo Encarnado? Revistámonos de Jesucristo y para ello luchemos con toda nuestra alma para que Él trabaje con nosotros; hay que arrinconar al hombre; por eso mismo, al subir al púlpito, conviene preguntarse: ¿Quién soy yo para anunciar a esas almas la Buena Nueva, para repartirles el pan de la Palabra de Dios? ¿Para qué he subido al púlpito? únicamente para hacerlos hijos verdaderos de Jesucristo. Para alcanzar la bendición de Dios sobre nuestro ministerio, pidan a María que nos lleve de la mano en todo. Digámosle: Indícame, Virgen Santísima, la voluntad de tu Divino Hijo. Dicho eso, no tengo ya ningún miedo..."

Aquí tenemos la esperada referencia a María, pero como la que nos muestra la voluntad de su Hijo: recordamos sus últimas palabras registradas en Juan 2:5, "haced todo lo que Él os diga." compartimos en la misión de Cristo; nos identificamos con él.

De manera semejante, esta vez para el Sacramento de Reconciliación (HF, 102:27):

En el confesionario se requiere dejar de lado nuestra naturaleza humana y, para expresarlo debidamente, en una palabra, en el confesionario nos revestimos de Jesucristo. No estamos allí como hombres, ya que ¿quién podría arrogarse, como hombre, el derecho de penetrar en lo más íntimo de las conciencias? ¿Quién tendría el poder de perdonar los pecados? Dios, únicamente Dios lo tiene. Debe el confesor hallarse, por consiguiente, como el mismo Dios, con un oído pendiente del penitente y con el otro, escuchando a Jesucristo. Porque Él mismo está escuchando por medio del confesor. Debemos, pues, revestirnos de lo que Jesucristo siente por los pecadores, de lo que sintió por la Magdalena, por la Samaritana. Cristo es mi modelo, Cristo será el que hable por mis labios.

Y finalmente este hermoso texto (HF, 160:6), que recapitula mucho de lo que hemos visto:

Lo vuelvo a repetir: ningún método distinto a los que Jesucristo enseñó a sus discípulos, será capaz de cambiar a este mundo. Meditemos, pues, sobre esos medios durante este retiro inapreciable. No salgamos de este retiro sino muertos a nosotros mismos, viviendo de la vida misma de Jesucristo, de la vida de los Apóstoles: vida de abnegación y de cruz. Por eso se han hecho ustedes misioneros.

Estas citas son suficientes para demostrar que la espiritualidad Colíniana no es exclusivamente Mariana. Vivir la vida de María, respirar su espíritu, emulando sus virtudes: es en referencia a este centro de vida y acción que los Maristas están llamados a vivir todo el Evangelio. Al mismo tiempo, el Evangelio no se reduce a esa referencia esencial y característica: María no reemplaza a Jesús. Por el contrario, Ella nos muestra cómo unirnos a Él.

Aun así, sigue siendo cierto que, en su último legado a la Sociedad, Colín habla en términos de vivir de la vida de María, respirar su espíritu, reproducir sus virtudes, pensar, juzgar, sentir y actuar como María. Al mismo tiempo, es sólo después de que hemos reconocido la "transposición Mariana" que somos capaces de entender las palabras de nuestro fundador en referencia a la tradición proveniente de Pierre de Bérulle, que ve la vida espiritual como una unión cada vez más estrecha con Jesucristo y por ende una semejanza con Él. Para los Maristas esto se traduce en una unión cada vez más estrecha con María - y por ende con Jesús-, hasta el punto que tengamos las mismas actitudes interiores expresadas en acciones exteriores similares.

Gracias a esta identificación mística con María, podemos actuar, por así decirlo, "in personam Mariae", al llevar Ella a cabo su misión en la Iglesia y el mundo. Los corazones maristas de hoy se sentirán tocados e inspirados de manera especial por estas líneas del Papa Francisco en *Laudato Sí* (nº 241): María, la Madre que cuidó a Jesús, ahora cuida con afecto y dolor materno este mundo herido. Así como lloró con el corazón traspasado la muerte de Jesús, ahora se compadece del sufrimiento de los pobres crucificados y de las criaturas de este mundo arrasadas por el poder humano." Podemos ofrecernos nosotros mismos, individual y colectivamente, a María, para ser sus ojos, su corazón, su voz, sus manos y pies mientras Ella brinda su cuidado maternal a un mundo herido y a sus hijos que sufren.

9. Desconocido y oculto

Una intuición marista para hoy

Si quisiéramos buscar la quintaesencia de la enseñanza espiritual del P. Colín, tendríamos que acudir, pienso, a la conclusión de la penúltima frase de los artículos de las Constituciones de 1873 acerca del Espíritu de la Sociedad: "... desconocidos y como ocultos en este mundo" (n.2 50). Esta expresión se repite constantemente en los escritos y palabras del fundador, ya sea con esta fórmula completa o, más frecuentemente, en la forma corta, "desconocido y oculto"; en el texto latino de las Constituciones los dos adjetivos están en plural - Ignoti et quasi occulti, refiriéndose a los Maristas - pero en el francés original de Colín se encuentran más frecuentemente en el singular (inconnu et caché).

Creo que este punto de vista, esta manera de pensar y actuar - entendida correctamente - es relevante más allá de Francia y del siglo XIX. De hecho, podría ser justo lo que se necesita para ayudar a curar algunos de los males que, no sólo la Iglesia católica, sino también la sociedad occidental en su conjunto, padecen hoy.

Iniciemos con algo de historia. La primera vez que la frase "desconocido y oculto" aparece en un documento Marista es en una carta que Jeanne-Marie Chavoin escribió el 15 de noviembre de 1824 a Mons. Devie, obispo de Belley. La carta trata de la comunidad de hermanas que ya se había reunido en Cerdon. El obispo parecía estar a favor de las hermanas, pero tardaba en darles un reconocimiento oficial. La carta de Jeanne-Marie está redactada hábilmente. En el primer párrafo, con un hábil toque de ironía, le dice a Mons. Devie que sus hermanas están felices con la manera en que las trata (por supuesto que no lo estaban). En particular, ellas "ven y valoran con una extrema satisfacción el camino que su Señoría ha tomado para con ellas, de mantenerlas desconocidas y ocultas a los ojos de la gente (hommes)." De hecho, le dice al obispo, esa es precisamente la forma de proceder que se habían fijado para sí mismas desde el momento en que pensaron de la "obra [de María]", es decir, permanecer desconocidas y ocultas a los ojos de la gente. El obispo, nos da a entender la carta, conoce la expresión - sin duda escuchó a Jeanne-Marie utilizarla - y puede habérsela respondido felicitándola por ella: ella y sus hermanas deberían sentirse muy felices de permanecer "desconocidas y ocultas a los ojos de la gente", ya que es la manera en que ellas mismas han afirmado querer continuar. Notemos por lo tanto el vigor e ingenio con que Jeanne Marie concluye: "Confiamos en que la Providencia hará conocer pronto a su Señoría el momento cuando (la obra) debe ser conocida y un poco menos oculta, especialmente de la gente."

Su frase, "desconocidas y ocultas a los ojos de la gente", es un equivalente al "desconocido y oculto en este mundo" que Juan Claudio Colin incluirá en las Constituciones de los Padres Maristas. Por lo tanto, ¿la tomó Jeanne-Marie de Juan Claudio? ¿O fue ella realmente el autor de la expresión que se atribuye tradicionalmente a Colín? (Colín, por cierto, nunca pretendió ser el autor.) Es posible que la verdad sea un poco más compleja e interesante.

Ni Juan Claudio ni Jeanne-Marie acuñaron la expresión "desconocido y oculto". La encontré por primera vez fuera de las fuentes Maristas en un autor espiritual que Colin había leído, el Jesuita francés del siglo XVII Juan José Surin, y en una obra, el Catecismo Espiritual, al cual Colin se refiere explícitamente y que él tenía en su biblioteca personal. De hecho, las palabras "desconocido y oculto" aparecen con bastante frecuencia en la clase de literatura espiritual que Colín y también Chavoin, leían, de modo que parece que estaban "en el aire" en los siglos XVII y XVIII. Uno de los libros de la biblioteca de Colín se llamaba "La Vida Oculta con Jesús". El Capítulo 7 de la parte 2 lleva por título: "Regocijarse grandemente en ser desconocido". Aunque la expresión

"desconocido y oculto" no aparece así, las dos palabras se alternan a lo largo del capítulo. Incluso he encontrado la expresión "inconnu et caché" en las memorias de guerra del General de Gaulle, en un contexto que no es espiritual, sino más bien político - así que quizá se trata de una combinación de palabras que le viene con facilidad a un escritor u orador francés. De todos modos, el punto es que tanto Jeanne-Marie Chavoín como Juan Claudio Colin tuvieron amplia oportunidad para encontrar estas palabras en sus lecturas. Mi impresión es que olvidaron donde habían leído esta expresión - o incluso que la habían leído - y llegaron a verla como una especie de inspiración.

Creo que algo como esto pudo haber sucedido. Al compartir sus confidencias, Colín y Chavoín descubrieron que ambos experimentaban una fuerte atracción por la vida oculta, aun cuando se sentían llamados a trabajar por la salvación de los demás. En Jeanne-Marie, esto iba más allá de una simple preferencia por una devoción que pasa desapercibida. Le dijo a Mons. Devie, "si buscara sólo mi propia santificación, y no la de las almas que la Santísima Virgen quiere llevar a nosotros, iría yo misma a encerrarme en un monasterio trapense". ¿Cómo, entonces, combinar un apostolado activo con el amor de la vida oculta? Obviamente no será ocultándose uno mismo del mundo.

En algún momento, las tres palabras "desconocido y oculto" surgieron de la memoria - no importa si es la de Colín o la de Chavoín - y les indicó poderosamente la manera de hacer las cosas que era apropiada para la "obra", sobre todo cuando "desconocido y oculto" se ampliaba a "en este mundo". La frase les impactó con una plenitud de significado que parecía hablar de un origen divino. Como Colín mismo dijo más adelante: "cuando Dios habla a un alma... dice muchas cosas en pocas palabras. Así esta expresión: 'desconocido y oculto en el mundo!' Así han sentido los poetas cuando surge un nuevo significado en palabras ya conocidas.

En su Catecismo Espiritual, Surin utiliza la expresión "desconocidos y ocultos" en varios contextos, diferentes pero relacionados. Uno es el del "Dios oculto" de los místicos: en la contemplación, el alma "se encuentra pacíficamente en algo que es más desconocido y oculto que descubierto y conocido", es decir, en Dios, oculto a los ojos humanos. Creo que, aunque la expresión puede llevar muchos significados en diferentes contextos, nunca ha perdido su referencia mística potencial. De hecho, la referencia implícita al "Dios escondido" (cf. Isaías 45:15) le da un significado profundo dondequiera que se utilice.

En otros lugares, Surin utiliza la expresión "desconocido y oculto" en relación con frases que recuerdan y a la vez contrastan con la segunda parte de la expresión Coliniiana, "en el mundo". No nos sorprende encontrarla en referencia a la vida de Jesús en Nazaret, una vida "desconocida y oculta a la tierra". La "vida oculta" de Jesús, María y José en Nazaret es, por supuesto, un tema importante en la espiritualidad cristiana.

La originalidad de la expresión utilizada a menudo por Colín en su forma completa queda de manifiesto al comparar estas expresiones de Surin con las de la tradición Marista, según las cuales estamos ocultos no del mundo sino en este mundo, - donde Dios es invisible, incluso al parecer ausente, pero todo el tiempo oculto en el corazón del mundo y en el corazón humano.

En todo caso, nuestra comprensión del "desconocido y oculto" aumenta al ver la riqueza de su contexto en Surin (y otros autores). No es simplemente una estrategia para un cierto tipo de ministerio activo; o, mejor dicho, sí lo es, pero precisamente porque es una clave para la unión con Dios, que está desconocido y oculto en la contemplación, y para identificarse con Jesús y María desconocidos y ocultos en Nazaret.

Se trata aquí de una "gran" espiritualidad. Por lo tanto, esperaríamos que estuviera completamente basada en la Sagrada Escritura. Me gustaría aquí referirme a un maravilloso artículo publicado por el P Patrick Bearsley, sm, justo antes de su muerte prematura en el año 2000 ("De la Ascesis a la Kenosis: la evolución en la comprensión Marista del "desconocido y oculto", FN, 5, 1, mayo de 2000, p. 69-94). Allí él nos recomienda meditar en el gran himno de San Pablo, en la Carta a los Filipenses, capítulo 2:

"Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz."

Las palabras esenciales en este texto, que son la clave para entender el "desconocido y oculto" son: "se anonadó a sí mismo". Es la Kenosis de Jesús - de la palabra griega que significa vaciar. Según San Pablo, es un ejemplo esencial para todos los cristianos, que deberían tener "los mismos sentimientos" que Cristo Jesús. Es decir, estar preparados no para mirar incluso algo al cual uno tiene derecho como "algo para ser retenido ávidamente". Lejos de buscar poder o prestigio, quienes quieran seguir a Cristo deberán más bien "humillarse a sí mismos" - digamos, contentándose con el último puesto y ser obedientes.

Para los Maristas, la primera persona que siguió a Cristo en su "anonadamiento" fue María. Ella no reclamó el derecho a ser honrada y glorificada por ser Su Madre, sino que acepta la oscuridad. Ella se contentaba con no ser vista y "no hacía ningún ruido", como le gustaba decir al P. Colín.

He aquí el modelo de los Maristas. En último análisis, Colín, al recomendar el "desconocido y oculto", quiere que nos vaciemos de nosotros mismos, para que, en lo posible, solamente estén Jesús, Su Padre y Su Espíritu trabajando en y a través de nosotros. Entonces los egos, las ambiciones, las sensibilidades, los egoísmos, la auto-consideración, no se interpondrán en el camino de la Gracia de Dios, de la que debemos ser los ministros. Debemos ser los canales de esa gracia, tan abiertos como sea posible y no obstruir, no taparnos por las malas hierbas y la basura.

En el mismo artículo, Pat Bearsley sugiere que la "kenosis" de Jesús es también la clave para la comprensión de la vida oculta de Nazaret en el pensamiento del P Colín. El sentido último de Nazaret no es tanto que Jesús haya vivido allí treinta años lejos de todos y de todo. Esconderse a sí mismo no es el punto. Nazaret significa que el Hijo de Dios no necesita ser reconocido. Él vino a salvar al mundo, aunque nadie se diera cuenta. Había estado aún más oculto en el vientre de María. Pero incluso allí, seguía siendo la Segunda Persona de la Trinidad. Del mismo modo, le gustaba decir a Colín, María, que era la "Reina de los Apóstoles", permanecía oculta entre ellos (cf. HF, 161:5), - y, sin embargo, por sus oraciones, hacía más por la propagación del Evangelio que los Apóstoles por su predicación (cf. HF, 140:4). Este es el programa para los apóstoles Maristas: no buscar nada para nosotros mismos, sin necesidad de ser reconocidos o aplaudidos, sino haciendo el bien y aún un bien "mayor".

Una parábola apta del Evangelio- que al parecer Colín nunca cita - es la de la levadura, el agente activo, escondida dentro de la masa (Mat.13:33). Pues el punto de la vida oculta no es estar oculto como un objetivo a perseguir, sino que es estar activo y trabajar, o pesar de estar oculto, o tal vez precisamente por estar oculto. La levadura tiene que estar escondida en la masa para poder levantarla. Si el panadero la deja tirada encima de la masa donde todos la ven, queda sin efecto.

Aquí tenemos una vida apostólica activa que está oculta con Dios en el corazón del mundo, con Jesús oculto en el vientre de María y en Nazaret, oculta también con María entre los Apóstoles.

Hay en todo esto, sin embargo, un gran riesgo, que ya había aparecido en vida del P Colín. El carisma Marista tiene su "lado oscuro". Pat Bearsley cita una importante declaración hecha por el P Mayet en 1867:

Podemos permitirnos hacer notar que el Padre decía sin cesar: *Ignoti et occulti* (desconocidos y ocultos), pero no *mortui* (muertos). Alababa la vida oculta, no una vida inútil y estéril; es la nada de humildad, del desprecio de sí [tal vez eso deba entenderse como la ausencia total de auto valoración y de respeto humano] de modestia, no la nada de la tumba. Mientras repetía sin cesar *ignoti et occulti*, también repetía sin cesar que estamos llamados, que debemos ofrecernos nosotros mismos, para hacer grandes cosas para Dios. Más aún, incluso hizo de su *ignoti et occulti* la verdadera base para grandes logros.

Qué equivocados estarían aquellos que, por ser de un temperamento suave y apacible, o temeroso y pesimista, o cobarde y perezoso, quisieran encerrarse en su caparazón, bajo el pretexto de que hay que llevar una vida oculta, y que no harían nada, o casi nada, con el pretexto de que tenemos que actuar *ignoti et occulti*. Ese error sería aún más perjudicial al bien y a las almas, si lo cometiera un superior local. La naturaleza se autojustifica fácilmente. Los cadáveres también son *ignoti et occulti*; los inútiles también son *ignoti et occulti*. Sí, es la vida oculta que el Padre ensalza, y a la que hemos sido llamados con el ejemplo de María, pero es Vida... Vamos a hacer esta observación sólo una vez; la cosa es tan evidente. Pero sentimos que debemos hacerla al menos una vez, porque, en muy raras ocasiones, hemos visto algunas personas, e incluso a un superior, hacer una falsa aplicación, al menos en parte, de este principio vital y productivo *ignoti et occulti*, e hicieron de él un principio de muerte, de esterilidad y aún de auténtica desidia.

Una parábola del Evangelio que ilustra este uso indebido del *ignoti et occulti* es la de los talentos, cuando un siervo entierra su talento en un hoyo (Mat. 25:14-30). El lema de la Sociedad de María no es *ignoti et occulti*, sino *Ad maiorem Dei gloriam et honorem Dei Genetricis* - "Para la mayor gloria de Dios y honor de Su Santa Madre". En otras palabras, el *Ignoti* no define la meta de la Sociedad; no es su objetivo el ser "desconocidos y ocultos". Por el contrario, el *Ignoti* describe la manera en que los Maristas hacen su apostolado, cuya meta es hacer todo lo posible para que Dios sea glorificado y Su Madre honrada.

Pat Bearsley hace un interesante comentario sobre el significado de la palabra latina *ut* en la oración del nº 50 de las Constituciones de 1873 donde se encuentra el *Ignoti* (*ut quamvis promiscuis ministeriis quibus salas onimarum adjuvori potest incumbere debeont, tomen ignoti et quasi occulti de hoc mundo esse videantur*). A menudo, esta palabra significa "para que" y expresa el propósito; también puede significar "con el resultado que" - que es el significado aquí. El P Colín, en sus Constituciones, no nos dice que nos comportemos de una manera particular a fin de que podamos parecer ser desconocidos e incluso ocultos en este mundo, como si ese fuera el propósito de ser Marista. Por el contrario, nos dice que, a pesar de que realizamos los diversos ministerios para la salvación de las almas, mediante la combinación de un amor de la soledad y el silencio y la práctica de las virtudes ocultas con obras de celo, el resultado será que parecemos ser desconocidos e incluso ocultos en este mundo. Nuestra misión no es ser desconocidos y ocultos. Nuestra misión es la salvación de las almas haciendo obras de celo, para usar el lenguaje del P Colín. "Desconocidos y ocultos" resume la forma de que hacemos las obras de celo, de tal manera que no llamemos la atención sobre nosotros mismos y podamos incluso pasar desapercibidos.

El Ignoti es sin duda una parte esencial de nuestro carisma Marista. Un carisma religioso, sin embargo, cumple su función cuando nos desafía, no cuando nos ofrece una zona de confort o un refugio, una coartada o una excusa. El Ignoti no justifica ser mediocres o evitar responsabilidades. No es para los perezosos o los débiles de corazón. Es para aquellos que se entusiasman, que tienen ideas, que llevan a cabo proyectos o asumen responsabilidades, pero que necesitan recordar constantemente que no se trata de ellos, que no deben obstaculizar el designio de Dios. Es para aquellos que les gusta acaparar la atención, para aquellos que les gusta que todo el mundo sepa qué están haciendo. Es para aquellos que están demasiado inclinados a imponer sus puntos de vista, a ignorar o pasar por encima de otros - pero no con el fin de neutralizarlos o frenarlos, no para impedirles trabajar para el Señor, sino para exhortarlos a purificar sus corazones y sus intenciones, para que lo que hagan sea realmente obra del Señor.

Otra cosa. Colín no dijo: sean desconocidos y ocultos a toda costa; ese es el punto de ser Marista. Él decía cosas como: Si hay que escoger entre dos obras, las cuales darán igual gloria a Dios, elijan la que atrae menos atención hacia ustedes o causa menos publicidad para la Sociedad, la que esté menos estimada o que nadie quiera hacer. No dijo: siempre y en todos los casos, elijan el trabajo que recibe menos atención. Del mismo modo, no dijo: Niéguese a presentarse a elecciones y rechacen los nombramientos, porque podrían encontrarse en el centro de atención. Él dijo cosas como: Si nunca te han elegido a nada y no has recibido nombramientos prestigiosos, si te encuentras en el equipo B, en lugar del equipo A, si nadie te da crédito por lo que estás haciendo, aun así, tienes que darlo todo. Porque es la obra de Dios y de María.

Hemos visto que el ignoti es una estrategia para la evangelización. Cuando Jeanne-Marie Chavoín lo utiliza en su carta al Mons. Devie, el "desconocidas y ocultas a los ojos de la gente" parece indicar ya una manera de hacer el bien que no llama la atención sobre uno mismo. Colín no se cansa de señalar que "desconocido y oculto" es la mejor manera de actuar en el mundo moderno, donde las personas son celosas de su autonomía y sospechan de la religión. No era el único en decirlo. En este momento, a principios del siglo XIX, se recomendaba con frecuencia el silencio y el ocultamiento a los religiosos en general como la mejor manera de hacer el bien en un entorno difícil, incluso hostil, como el que se vivía en Francia en una época de revoluciones, que a menudo tomaron un giro anticlerical.

Pero creo que, entre los primeros Maristas, la puesta en práctica de la expresión "desconocido y oculto" experimentó un desarrollo importante. Para estos hombres y mujeres, no era simplemente una táctica para evitar la atención hostil, por ejemplo, de elementos anticlericales. Se convirtió en una estrategia para evangelizar la sociedad que los rodeaba. "Desconocido y oculto" expresaba un modo de actuar, en este mundo, que pertenecía a "la obra de María" y estaba inspirado en su ejemplo. Era una manera de actuar muy apropiada para un contexto social caracterizado por la indiferencia e incluso la hostilidad hacia la Iglesia y hacia todo lo religioso.

En diferentes ocasiones se encontrarán en Colín ambos significados. A veces habla de la necesidad de evitar provocar a los opositores: "Este no es un buen momento para atraer la atención sobre nosotros mismos... Dicen que hay que hacer el bien: sí, pero yo digo que en los tiempos que corren, hay que hacerlo como manda la Regla que lo hagamos todo: *tanquam ignoti et quasi occulti*. "... Antes de algunos cuantos años, señores, nos perseguirán violentamente. [Esto fue un tema recurrente con Colín, basado en las experiencias de su niñez]. No hay por qué asustarse por eso; pero tampoco hay que provocar a la gente." (HF, 89:13-14).

En otras ocasiones, adoptaba un tono diferente (HF, 99:1): "mientras más modestos seamos, más podremos hacer la obra de Dios. Cada época ha tenido su parte de orgullo y la nuestra también... La única manera de tener éxito hoy en día es a través de nuestra sencillez". Más

adelante, aún más explícitamente: "En el púlpito, que no parezca que queremos dominar, porque ahuyentaríamos a la gente. El hombre más que nunca está ufano de su libertad y de su independencia." Esta es sólo una pequeña selección de muchos textos donde Colín demostró que comprendía la época en que vivía. No simpatizaba necesariamente con sus prejuicios y sus preocupaciones. Pero reconocía que así eran las cosas. Solamente respetando a las personas y aceptándolas como eran, podía uno esperar lograr algo con ellos.

Doscientos años más tarde, este consejo sigue siendo sensato. Desde entonces, el secularismo ha proseguido su marcha por todo el mundo. En este contexto, ya sea en el siglo XIX o en el XXI, cualquier tipo de triunfalismo, cualquier manera de actuar que huela a búsqueda del poder o que parezca no respetar los derechos - Colín diría, "la libertad y la independencia" - de los demás, es inútil y está condenada de antemano al fracaso. Como hemos visto en nuestro propio tiempo, una Iglesia que no es humilde será sin duda humillada y rebajada. Esta es una situación que requiere de una manera de actuar por parte de la Iglesia que sea "desconocida y oculta".

En el mundo contemporáneo, al mismo tiempo que experimentamos una secularización cada vez más radical, también estamos viendo una nueva vitalidad - hay quienes hablan incluso de "explosión"- de lo religioso. Dicho fenómeno, por supuesto, no es necesariamente cristiano, o por lo menos, no es de las "corrientes convencionales" cristianas, pero la religión no está simplemente desapareciendo en todos lados. Uno puede incluso encontrar los dos fenómenos, la ausencia de religión y la explosión de lo religioso, más o menos hombro con hombro, en el mismo contexto social.

En ambos casos, me parece que el enfoque del "desconocido y oculto" es el más apropiado. Ante la explosión de lo religioso, estamos igualmente llamados a la humildad y a renunciar a todo tipo de búsqueda del poder. En esas situaciones también, los cristianos, o por lo menos los católicos, a menudo minoritarios y vistos con sospecha, pueden sólo responder con una oferta de diálogo y amistad, en pleno respeto hacia los demás.

Incluso fuera de un contexto directamente religioso, el "desconocido y oculto" es efectivamente una espiritualidad para nuestro tiempo. El problema más acuciante hoy es el medio ambiente. El Papa Francisco habla de la necesidad de una "conversión ecológica", un cambio completo de comportamiento y de actitudes en relación con la tierra y sus demás habitantes. El enfoque de "desconocido y oculto" inspiraría respeto, humildad, sencillez; puede llevarnos a una reevaluación de nuestras necesidades, incluso a renunciar a lo que podríamos pensar son nuestros derechos en el uso de los recursos, y en general a reevaluar toda nuestra manera de mirar al "otro" y a nuestra casa común. ¿Podríamos siquiera imaginar una política implementada de acuerdo a estos valores? Se lo dejo a su imaginación.

10. La regla del P. Colin Hoy

En el n.26 de nuestras Constituciones sobre "El nombre y fin de la Sociedad", leemos lo siguiente: "Para comprender el significado del nombre de la Sociedad, los maristas acuden al Venerable Juan Claudio Colín a quien reconocen como fundador. En las Constituciones que les dejó encuentran todavía hoy la expresión auténtica de la naturaleza y fines de la Sociedad". De esta manera las Constituciones de la Sociedad de María, aprobadas por la Santa Sede en 1987, vuelven a hacer referencia a las Constituciones del Fundador, no como una legislación todavía existente, por supuesto, sino como la "auténtica expresión" de lo que es y para lo que es la Sociedad. Esto quiere decir que las Constituciones del Fundador no son solamente una simple curiosidad histórica, ya que conservan una importancia y una relevancia duraderas.

Los legisladores de la Sociedad tenían en mente las Constituciones de 1872, las cuales fueron reimpresas, con ciertas correcciones y adiciones, por orden del Capítulo General de 1985. Esas Constituciones fueron, sin embargo, la última expresión de algo mucho más antiguo, - y el P Colín habría añadido, mucho más importante y venerable ya que no era de origen humano - a saber: lo que el P Colín llamaba la Regla. Esta Regla representa un reto permanente para cada generación de Maristas, y de esto quiero hablar en este momento, haciendo uso en gran parte de las publicaciones de Jean Coste, quien le dedicó la última parte de su vida de estudioso Marista. Si hubiese tenido más tiempo, se hubiera esforzado por concientizar a los Maristas acerca de la Regla, como lo hizo para los Grandes Temas, María en la Iglesia primitiva, etc. En su conferencia "Un Fundador y su Regla: Recapitulación" que impartió durante el segundo Coloquio Internacional sobre la Historia y la Espiritualidad Maristas, que tuvo lugar en 1989, y publicada en Estudios sobre los Primeros Ideas de Juan-Claudio Colin - I (Marística 2) 220-262, Coste escribió:

"Puede parecernos sorprendente oír que la Regla de la Sociedad, y no la Sociedad en sí misma, fue el factor unificador de la vida del P Colín. Y si bien es cierto que Colín es reconocido como fundador, no es porque haya sido el primero en hablar del plan, ni por haberle dado su nombre, ni por haber reunido a los primeros miembros, ya que como bien sabemos Courveille fue quien realizó todas estas cosas. Él fundó la Sociedad dándole lo que él mismo llamaría sus "bases"; dándole un contenido al nombre y al plan, es decir, sus rasgos fundamentales. Y él solía decir que, si la Sociedad no mantenía estas características, sería mejor que dejara de existir.

Ahora bien, este contenido no puede ser comparado con los amplios temas que estructuraron la imagen que Colín tenía de la Sociedad y su relación con la Iglesia y con su época; temas cuya revalorización, acontecida en los últimos treinta años [hoy tendríamos que decir: cincuenta años] ha contribuido a restaurar la imagen completa de nuestro fundador. Sí, Colín seguía adelante gracias a una gran esperanza en el papel de María al final de los tiempos, y a la posibilidad de recomenzar una nueva Iglesia; pero si solo hubiese dicho eso, hubiera sencillamente sido un utópico y no un fundador. Si él fue fundador, es porque fue capaz de mostrar las implicaciones que conlleva recomenzar una nueva Iglesia, porque fue capaz de describir el tipo de hombres y comunidades necesarias para esta tarea, y por indicar, y no solo con palabras, cómo llegar a ser instrumentos de misericordia. Todo esto, lo que le permitió a la Sociedad tomar forma y le dio su personalidad, es lo que él llama la Regla."

Coste pudo remontar las distintas etapas a través de las cuales el Fundador, a lo largo de toda su vida, intentó dar expresión a la Regla. En el primer periodo, entre 1817 y 1836, trabajó, noche tras noche, en el pequeño despacho de su habitación en la casa parroquial de Cerdon, en lo que él llamaba la "Regla primitiva". Cuando le mostró su texto al nuncio en París, no era un

borrador o un "trabajo en elaboración". Era ya una Regla completa escrita en latín. También se la mostró a los Sulpicianos, quienes pensaron que estaba "hecha más para ángeles que para hombres". Coste nos recuerda que el joven Colín no tenía ninguna experiencia personal de la vida religiosa y su limitado conocimiento se debía a sus lecturas.

Coste pudo hacer una reconstrucción parcial de esta Regla a partir de los fragmentos que aún se conservan, comentarios de la época y textos legislativos que incorporan este o aquel artículo. El objetivo de todos los puntos de la Regla consistía, en palabras de Coste, en "eliminar del corazón (del Marista) todo lo que no lo preservase en la verdad de su vocación."

Su punto fundamental de referencia era "la casa de la Santísima Virgen." Esto explica el carácter cuasi monástico de muchos de sus aspectos: su presencia no significa que Colín haya pensado originalmente en una fundación monástica, que posteriormente transformara en una comunidad apostólica, conservando muchos rasgos monásticos; Colín imaginaba así la vida en la casa de Nuestra Señora.

La Regla no hacía referencia exclusivamente a la vida interna de la casa de Nuestra Señora, o a la vida interior del Marista. Trataba también de las relaciones entre la Sociedad y la Iglesia y el mundo que la rodeaba, de manera especial con el Papa, los obispos y las autoridades civiles.

Coste señala que el P Colín tenía la sensación de haber recibido la Regla de lo alto: Siempre insistió que no se derivaba de ninguna otra regla. Al mismo tiempo, no la consideraba fija e inmutable. Por el contrario, podía ser revisada y modificada, sobre todo a petición de la autoridad legítima de la Iglesia; algunas partes podrían ser promulgadas en forma de textos legislativos, mientras que otras partes se omitirían porque "todavía no había llegado su hora". Colín diría algunas veces, "estará en la Regla", o incluso "se encuentra en la Regla", respecto a algo que no se encuentra en ningún texto legislativo existente.

A partir de 1836, Colín fue responsable de una Congregación apostólica y misionera de escala mundial. Para ese entonces, él tenía la ventaja de haber vivido la vida religiosa y de ser superior, así como también la de haber recibido críticas y consejos, y ya conocía las Constituciones de los Jesuitas. Todo esto modificó su visión de la Regla, no sólo en ciertos detalles, sino también en la forma que debía tomar. Ahora pensaba que las Constituciones, que debían ser sometidas a la Santa Sede para su aprobación, debían contener solamente "lo esencial y los fundamentos", mientras que el resto de la Regla sería publicada en una especie de Directorio. Pero nos equivocáramos al suponer que ese Directorio contendría detalles secundarios que podrían ser cambiados fácilmente; sus disposiciones formarían igualmente parte de la Regla, cuyo origen, en última instancia, eran Dios y María.

El resultado de esta nueva forma de pensar fueron las Constituciones de 1842, presentadas a la Santa Sede y posteriormente retiradas antes de que pudieran ser aprobadas (todavía incluían el esquema de una Sociedad con varias ramas, lo cual, Colín ya lo reconocía, nunca sería aprobado por la Santa Sede, por lo menos bajo aquella forma). Otros textos del mismo periodo pueden también ser considerados expresiones parciales de la Regla. Colín dejó el Generalato en 1854, con la intención de dedicar una buena parte de su tiempo y energía a escribir las Constituciones para los Padres, así como las de las Hermanas. Sin embargo, los años fueron pasando con pocos resultados, hasta que el P Favre preparó las "Reglas Fundamentales", las cuales fueron aceptadas por un Capítulo General en 1858, y aprobadas por la Santa Sede en 1860, por un período de prueba de tres años. Estas Reglas pretendían únicamente ser una expresión provisional de la Regla coliniana, no una desviación novedosa, aunque el Fundador las repudió.

En 1866, cuando el documento de Favre debía ser revisado para su aprobación definitiva por la Santa Sede, un movimiento creciente dentro de la Sociedad pedía que se invitara al

Fundador a presentar el texto definitivo de las Constituciones. Al principio trató de trabajar a partir de una revisión del texto de Favre. En 1868 fue descubierto un ejemplar de las Constituciones de 1842, las cuales se pensaba habían desaparecido. En palabras de Coste, Colín, por entonces ya un anciano, "pidió que se le leyera el texto, reconoció en él su estilo y sus ideas, y restableció el contacto espiritual y emocional con sus primeras inspiraciones... A partir de ese momento, tomó su decisión. Tomaría este texto como base para su trabajo, y se convenció cada vez más que no tenía más que volver a sus primeras ideas."

De hecho, el trabajo consistió, en gran parte, en restaurar a las Constituciones un cierto número de elementos que habían sido quitados al momento de redactar el texto de 1842. Esto puede observarse al comparar las dos versiones de las "Reglas Comunes" (capítulo 6 de 1842, capítulo 5 de 1872): el texto que sabemos es más antiguo parece una revisión del texto que sabemos fue redactado 30 años después - una revisión que busca simplificar, quitar detalles, para dejar afirmaciones amplias y generales. De hecho, lo que Colín hizo en 1842 fue precisamente eso: recortar del texto que debía ser aprobado por Roma muchos puntos importantes, los cuales, sin embargo, no dejaron de ser parte de la Regla, sino que "quedaron en suspenso"; ahora él "volvió a sus ideas primeras" y restauró muchas de ellas en su texto.

Coste pregunta: "¿Cuáles eran estas "primeras ideas" que, tanto al inicio como al final de su vida, expresaban para Colín lo que Dios esperaba de la Sociedad? Podríamos pensar en algunos temas fundamentales, sobre los cuales hemos estado reflexionando, el papel de María en la Iglesia primitiva y al final de los tiempos, la idea de "recomenzar una nueva Iglesia", los Maristas como "instrumentos de la Misericordia Divina", y así sucesivamente. "Sin embargo", escribe Coste, "es necesario reconocer que esto no es lo que Colín puso en su regla de 1868-1869". Coste señala que nuestra formación intelectual nos hace querer entender la palabra "idea" en el sentido de una idea general, o de una "intuición amplia de mucho fruto". Para un hombre de acción como Colín, una "idea" era algo bastante concreto. Se refería a "una particular línea de acción, atenerse a una solución particular." Cuando miramos los artículos que Colín insertó en la última redacción de la Regla, nos damos cuenta, y quizás nos sorprenda, que se trataba de "prácticas concretas en las que él veía la piedra de toque de un auténtico comportamiento Marista. Su reintroducción fue la manera para Colín de volver a sus "ideas primeras".

Sin embargo, al escribir las Constituciones, Juan Claudio Colín no siguió simplemente sus propias ideas. El aceptó el consejo de sus colaboradores, lo cual significó que más de una vez se sometió a sus opiniones acerca de la conveniencia de incluir algún punto en particular; el borrador fue presentado al Capítulo General de 1872, y este hizo algunas enmiendas. Por último, el texto aprobado por el Capítulo fue presentado a la Santa Sede para su aprobación en 1873, un proceso que también llevó a revisiones; incluyendo, como hemos visto, un empobrecimiento del n.º 49. Estas fueron las Constituciones que gobernaron a la Sociedad hasta 1987; durante este periodo, fueron enmendadas varias veces hasta el Capítulo de 1961.

Las Constituciones de 1987 representan una nueva orientación: por vez primera la Sociedad no es gobernada por una regla que proviene directamente del Fundador. Las nuevas Constituciones toman muchas cosas de las antiguas: un marco básico, textos parafraseados o incluso citados de manera textual; hay un esfuerzo constante por ser fieles al Fundador y a su carisma de manera creativa; las Constituciones de 1987 dan también mucho espacio a los Grandes Temas y, tal vez por esa razón, incluso se les ha descrito como más colinianas que las de 1872. Se puede decir mucho respecto a sus cualidades, pero lo único que no son, ni pretenden ser, es una expresión de la Regla del Fundador.

Entonces, ¿dónde queda la Regla del P Colín? ¿Tiene ahora solamente un interés histórico? ¿Es un tema para los estudiantes de la historia Marista, una fuente prolífera de tesis

universitarias? Su última formulación son las Constituciones de 1872, y hemos visto que las Constituciones actuales, en su nº 6, reconocen en ellas una relevancia permanente. Pero ¿qué significa realmente el decir que "los Maristas encuentran todavía hoy la expresión auténtica de la naturaleza y fines de la Sociedad"? ¿Se refiere solamente a la cita del nº 1 de las Constituciones de 1872, "Sobre el nombre y fin de la Sociedad", que el Capítulo de 1985 pidió fuera insertado en su nº 7, y de los nn. 49 y 50, "Sobre el Espíritu de la Sociedad", que se encuentran insertados en el nº 228? ¿O significa que la Regla del P Colín, en su totalidad, continúa exigiéndonos, aun cuando no gobierne ya nuestra vida Marista?

Creo que esto último es cierto, y por varios motivos. Una vez más quiero citar extensivamente a Coste.

¿Qué es lo que este fundador entendía por lo que él llamaba La Regla? ¿Era un libro sagrado, en el que cada ápice había sido dictado por Dios, un texto perenne, que debía ser puesto en práctica por toda la eternidad? Ciertamente que no... Por otro lado, la misma historia muestra claramente que la regla, en la mente del P. Colin, no se refería de ninguna manera a una colección de normas que un grupo piadoso de sacerdotes habrían preparado para sí mismos, para su búsqueda en común de un cierto número de metas que ellos mismos habrían escogido. La regla no era el resultado de una decisión humana. Había sido recibida de lo alto. Nadie era dueño de la Regla, ni su autor ni nadie más.

¿Qué es entonces? Representa un esfuerzo por expresar lo mejor posible las intenciones de aquellos que quisieron esta Sociedad y la dieron a luz: Dios y su Madre...

Inevitablemente esta regla es imperfecta, en tanto que nunca puede alcanzar su estado definitivo, ya que la Sociedad para la cual está destinada, solamente será realmente ella misma al final de los tiempos; esta regla, a cada momento, está completa y debe aún ser completada. Ninguna de sus formulaciones es inmutable, pero ninguno de los fines que expresa puede ser ignorado, de lo contrario la Sociedad perdería su razón de ser.

Aunque es muy diferente a la "letra" que encarcela, no es tampoco un "espíritu" muy general, algo que cada hombre intentaría vivir lo mejor posible. Solamente existe como exigencias específicas, que llegan al meollo y obligan a cada individuo y comunidad a recordar que no son ellos los que se han impuesto esos fines, y que se han reunido para llevar a cabo una obra que no les pertenece.

Por todas estas razones, la resta de Colín juega un papel irremplazable para nosotros los Maristas. Ciertamente, ninguna de sus redacciones sucesivas puede pretender constituir nuestra legislación, y ninguna de sus normas puede ser considerada como algo obligatorio, a menos que se encuentre en nuestras Constituciones aprobadas. Sin embargo, si el verdadero problema para la Sociedad hoy es el de una fidelidad creativa, y si... debemos ser capaces de interpretar nuestro pasado, es de importancia capital que este pasado sea comprendido de verdad y no reconstruido solo para satisfacer nuestros deseos. De hecho, la manera más segura y cierta de comprender lo que Colín quería, sin poner mucho de nosotros mismos, está precisamente en estudiar su regla, la cual constantemente nos desconcierta e impresiona. Mientras permanezcamos dentro de las grandes líneas de la eclesiología y de la escatología de Colín, será fácil vernos en él, y así atraerlo inconscientemente hacia nosotros. Por el contrario, cuando lo escuchamos pidiéndonos usar el cilicio, arrodillarnos delante del superior, abstenernos siempre de invitar desconocidos a comer, entonces tomamos conciencia de una toda una serie de preguntas.

Así, la Regla de Colín nos desafía - incluso nos escandaliza - de al menos dos maneras. La primera es el escándalo de la propia alteridad de Colín. Sencillamente no es nuestro contemporáneo y no piensa como nosotros. Entonces, ¿tal vez simplemente deberíamos

consignar su Regla al pasado, como una expresión de la mentalidad de otra época? Coste responde: "Eso es cierto, pero también nos ofrece el mejor medio que tenemos para redescubrir el pasado con todo el rigor de la verdad, ese pasado al que queremos referirnos en nuestra interpretación de nuestra época". En otras palabras, debemos escuchar la voz de Colín, precisamente porque no es nuestro contemporáneo y por ende no estará repitiéndonos nuestras propias ideas.

En segundo lugar, diría que es el escándalo de lo particular. Como hemos visto, la Regla, - y esto es evidentemente cierto de la Constituciones de 1872, no es el tipo de documento que nosotros hubiésemos escrito, con unas cuantas grandes ideas, algunos principios generales y una recomendación para hacer nuestras propias aplicaciones, y con un mínimo de exigencias concretas. Al contrario, es una colección de reglas particulares, prácticas y a menudo minuciosas. La Regla del P Colín no nos dejará conformarnos con generalidades o buenas intenciones, nos desafía a "ir al granó" al decidir de qué manera queremos vivir".

Entonces, ¿qué debemos hacer? Creo que ha llegado la hora de abrir nuevamente las Constituciones de 1872 de manera creativa, para releerlas a la luz de todo lo que sabemos ahora acerca del esfuerzo del Fundador, a lo largo de toda una vida, de expresar la Regla que él creía que María deseaba para su Sociedad, es decir, la "expresión auténtica de la naturaleza y fines de la Sociedad de María", no como un conjunto de ideas generales, sino como una descripción detallada de un cierto tipo de comunidad y de persona, que realizarán la "obra de María". Ya ha habido ciertas iniciativas en la Sociedad para releer las Constituciones de 1872, por ejemplo, la colección Bearings de Craig Larkin publicada en 2012.

En general, volver a abrir de manera creativa las Constituciones de 1872 significará leer las Constituciones de Colín como un monje benedictino lee la Regla de san Be nito: no como una ley vigente que deba ser observada literalmente en todos sus detalles - para eso hay otros textos -, tampoco como un simple documento histórico; más bien como la voz auténtica del Fundador que da forma a nuestro estilo de vida. Significará mirar la "intenciones que la Regla del P Colín expresa", intenciones que, según Jean Coste, a quien ya hemos citado, "no pueden ignorarse, de lo contrario la Sociedad perdería su razón de ser". Y ya que las intenciones del P Colín se expresan principalmente en prácticas concretas, significará examinarlas cuidadosamente para ver si podemos reapropiárnoslas, o bien idear otras prácticas que expresen las intenciones del Fundador para nosotros hoy. Esto podría ser objeto de intercambios en comunidad o de debates o talleres más amplios. Podría ayudar a desencadenar "un reinicio Marista".